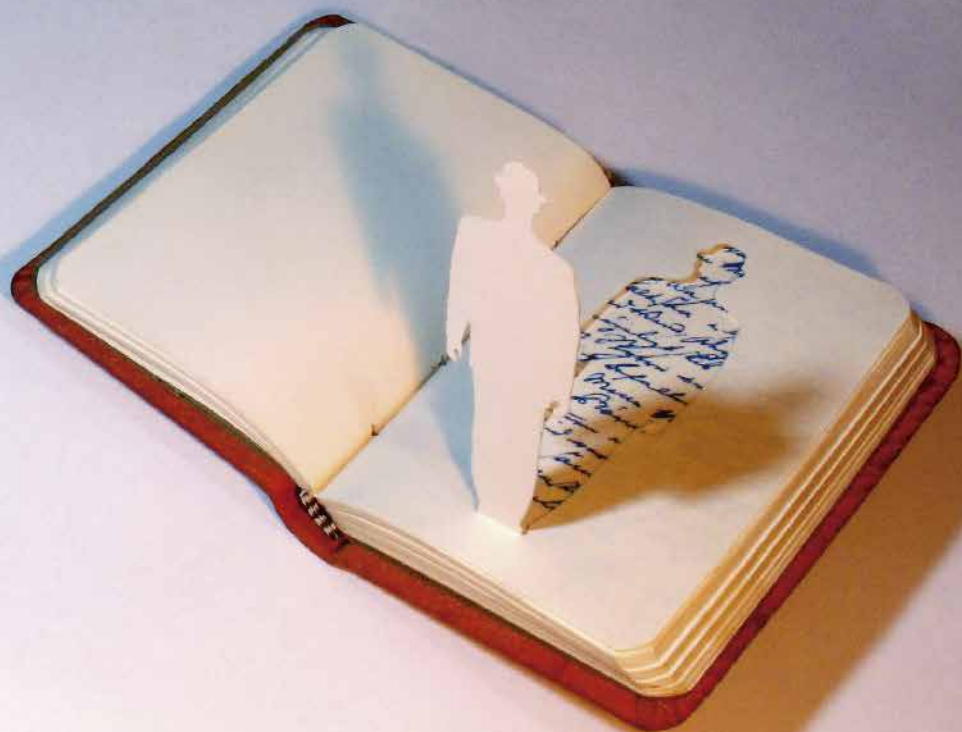


LUCIDEZ



ANDRÉS PASCUAS ★ JEFFRY ESQUIVEL

ANÁ
LOGA
GA

LUCIDEZ

Andrés Pascuas / Jeffry Esquivel

ANÁ
LO
GA
EDITORES

LUCIDEZ

© Andrés Pascuas, 2017

© Jeffry Esquivel, 2017

Primera edición, marzo 2017

Diseño cubierta

© Cesar León

Revisión de texto

Andrea Vergara G.

ISBN: 978-958-48-0969-8

Impreso en

www.laboratoriodeideas.co

Impreso en Colombia

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

LUCIDEZ

1

Llevaba cuatro noches seguidas sin dormir. Leía en la cama, caminaba por el apartamento, veía televisión, fumaba, tomaba leche caliente o whisky. Entraba a cada uno de los cuartos y se ponía a mirar al detalle los libros y la decoración. Nada funcionaba. No podía conciliar el sueño. Solo al final, entraba en un estado de morfosis, cuando empezaba el amanecer. Dormía un poco y despertaba, sintiéndose renovado. Con una extraña lucidez. Como si hubiera descansado toda la noche.

Los primeros días de estadía en casa de su madre fueron difíciles. No solo por haber regresado al país después de años de ausencia. Vivía en Alemania hacía ya mucho tiempo y era cierto que la relación entre su patria y él había perdido su pasión. Los dos sabían que era inevitable la separación. Sin embargo, aunque intentara negarlo, aún existían afectos y recuerdos de vivencias acumuladas en esa tierra, que en ese momento reencontraba con la excusa de la enfermedad de

su madre, que estaba cada día peor. Se levantaba, desayunaba y telefoneaba a la clínica a preguntar por su estado. Algunos días la visitaba y, si se encontraba lúcida, podía hablar con ella. Sin embargo, esto solía pasar con poca frecuencia. La mayor parte del tiempo estaba en silencio, como en otro mundo.

Pasó toda la mañana sentado en el balcón de la casa, con una botella en la mesa; pensando, recordando y mirando a la gente que pasaba unas calles más abajo. Cuando despertó estaba oscuro. Había estado, no solo la mañana, sino todo el día, sentado en el balcón y se había quedado dormido. De la botella quedaba poco y se empezaba a sentir el frío del anochecer. Entró a la casa y notó que se sentía mareado. Como pudo llegó al sofá y se relajó un momento. Sintonizó una emisora de música clásica e intentó abandonarse. Pero todo fue en vano. El efecto del whisky se mezclaba con sus múltiples pensamientos, relacionados todos o casi todos, con la salud de su madre. Su muerte, como la de cualquier persona, era algo inevitable. Solo hacía falta esperar.

Se preparó un café y después de unos minutos se sintió renovado. Subió al segundo piso y entró a “su habitación”. A la morada que habitó de niño, y que seguía conservando la misma decoración; solo que, su madre, había acumulado cajas que contenían libros, ropa, objetos personales inutilizados. Pasó un largo rato mirando en sus recuerdos y, cuando se disponía a salir del cuarto, vio una caja que le llamó la atención. Parecía más antigua que las otras, era de madera, tenía candado. No estaba marcada. En ese momento la recordó. Esa caja, de niño, le había causado curiosidad, pero no había podido ver qué contenía. Nunca supo dónde estaba la llave. Los años fueron

pasando, hasta crecer, perder el interés y olvidarla por completo. En ese momento la tenía en sus manos y, mientras la recordaba, pensaba también que era su decisión el qué hacer con ella. Su madre estaba a punto de morir. Así que la caja, de alguna manera, le pertenecía como herencia. Bueno, al menos eso quería creer y era lo que le daba el ánimo necesario para mirar su contenido.

Decidió abrirla, aunque la incógnita seguía siendo la llave. Pensó en romper el candado con un martillo. Dudó. La caja era sencilla, pero construida en madera que parecía fina. Sabía que la llave no estaba en el llavero tradicional con las de los cajones y las puertas de la casa. Recordaba que su madre guardaba en sus pertenencias un cofre con cosas muy preciadas, pero tampoco la había visto allí. Decidió entonces, que forzaría el candado. Lo hizo con el mayor cuidado, y, de un solo impacto, el candado cedió.

Olía a madera, tabaco y humedad. Con nervios e impaciencia empezó a hurgar su contenido: una navaja multiusos, una colección de postales atadas con una banda elástica, una licorera de bolsillo, una cigarrera, un encendedor, un monedero con unas cuantas monedas, un lapicero y un cuaderno. La navaja era una pieza clásica, suiza, roja. Las postales de diferentes lugares: Dubai, Madrid, Bogotá, Casablanca, Quito, Lima, Santiago, París, Tel Aviv, Río. El encendedor, como era de esperarse, no servía. Le llamó especialmente la atención el cuaderno, que tenía tapa dura de cuero negro y estaba firmemente amarrado con un cordel también de cuero. Lo destapó y vio que se trataba de un diario. Le dio una mirada rápida y notó que estaba escrito en orden cronológico. Advirtió que no pertenecía a su madre; no correspondía con su letra. Tampoco las postales ni la navaja. Miró

las postales y todas tenían diferentes nombres. Parecían tarjetas de colección. Definitivamente estos objetos no habían pertenecido a su madre. Miró todo nuevamente y al fin vio en la navaja lo que le pareció un nombre. Se acercó a la luz de la lámpara y pudo leer: Antonio.

Junio 5

Mi papá no ha soportado más, esta mañana ha llegado a la casa y me lo ha dicho. La única solución es que me vaya para el ejército. Mamá trató de convencerlo pero no pudo, nunca se esperó que un hijo suyo fuera un bueno para nada, o al menos eso es lo que dice. No puedo dejar de pensar que no voy a volver a verte. Lo primero que pensé fue en huir, pero sé que tú no lo harías. También me preocupa mi pelo, han pasado dos años desde que me lo corté por última vez, me gusta tenerlo largo y que se me escurra por la cara.

Por otro lado pienso que algo de disciplina no estaría nada mal, pero en el fondo me da igual. Al menos no voy a tener que verle la cara a mi papá todos los días. Ya tiene todo arreglado con sus amigos, me mandarán a una nueva base en el Tolima, el domingo me esperan. Se ve feliz, me imagina en uniforme y musculoso, cumpliendo órdenes y siendo todo lo que no he sido hasta ahora.

Mi mamá no ha parado de llorar, dice que no es mi culpa, que nació así. Mañana tengo una cita con un médico cubano. No tengo muchas esperanzas. Sigo sin poder dormir y esta

noche no hay muchas estrellas. Mateo ha estado muy raro todo el día, no ha querido comer y ha aullado toda la noche. A lo mejor quiere gritar porque sabe que me voy. Lo mejor sería matarlo para que no sufra. Mañana pienso ir al río, tal vez lo haga allí. Me quedan muy pocos días y me gustaría pasarlos contigo. Contar tus lunares, oler tu cuello, ver tus ojos, aprenderme cada rasgo y dibujarlo. Esta mañana me desperté pensando en tu nombre y me parece que no te hace justicia, deberías llamarte Dolores.

Dolores, Dolores, Dolores, eso suena mucho mejor.

Ahora que escribo esto me entra un poco de miedo. No sé si pueda soportar la vida, sé que apenas empieza, pero no veo un final feliz.

Desde la muerte de Aurelio todo ha sido diferente para mí.

2

Manuel era hijo único y la relación con sus padres, aunque distante, siempre fue buena. Su padre fue un hombre trabajador y extremadamente correcto. Acumuló un pequeño capital a punta de sacrificio y, gracias a su trabajo, nunca pasaron ninguna dificultad. Era un hombre parco y de mirada triste. “Un hombre de familia”, para quien su mayor objetivo era ser buen padre. Una persona responsable que cada mañana salía a trabajar y cada noche llegaba con muchas horas de cansancio. Cenaban, hablaban de cómo fue el día. Luego a dormir.

Y así cada día.

Su madre, hasta que su enfermedad lo permitió, fue una mujer lúcida y abnegada. Manuel creía que su sueño de vida fue tener lo que tuvo: casarse y realizarse como madre. La típica ama de casa. Sin embargo, en ese momento, su enfermedad y las ausencias que su sufrimiento le

producían, eran la única manera de evadir la realidad. Un sufrimiento que parecía un alivio. Tal vez en sus alucinaciones se veía aún con su padre y con él, una tarde de domingo, almorzando todos en el parque. O, seguramente, en una realidad que solo ella sabía.

Ese día llamó al hospital. La enfermera le dijo que su madre no se encontraba bien, que lo mejor sería que no recibiera visitas. Salió entonces al centro comercial y rentó un carro. No sabía cuánto tiempo iba a durar su permanencia en la ciudad, así que dejó la fecha de entrega del coche abierta. Luego pasó por el supermercado y compró paquetes de comida instantánea, diferentes tipos de pasta y arroz. Cuando se disponía a pagar, escuchó que lo llamaban por su nombre.

Al principio no supo de quién se trataba, pero cuando lo tuvo al frente suyo, estrechándole la mano, se acordó. ¿Cómo olvidar ese rostro? Estaba un poco más gordo, más arrugado. Se veía ansioso y a la vez cansado. Pero, sin ninguna duda, supo que era él, Eduardo. Manuel lo miraba sin decir nada, todo eso le parecía una escena de otro tiempo. Esos dos niños, veinte años después en medio de un gran almacén. Le explicó que recién salía de trabajar y que había ido al supermercado a comprar algo para tomar. “Llevo dos noches seguidas sin dormir, trabajando en un programa”. Según dijo, era programador de sistemas y en esos momentos estaba realizando un simulador de vuelo para el ejército. Manuel lo escuchaba con atención, esperando que le tocara el turno para pagar la compra e irse a casa. Eduardo le preguntó por el motivo de su estancia en Bogotá, hacía cuánto había llegado y si se quedaría. Manuel le contó brevemente el asunto de la salud de su madre. “Llegué hace unos días y aún no sé cuánto tiempo durará mi estadía”.

En el parqueadero del almacén se dieron la mano para despedirse y Eduardo le preguntó si podrían verse en esa semana. “Para recordar cosas de la niñez”, dijo. La verdad es que Manuel no sabía si quería salir con Eduardo. Hacía mucho tiempo que no hablaban y era evidente que sus vidas habían tomado, hacía muchos años, rumbos distintos. Para salir del paso, le expresó que esa semana iba a estar ocupado con asuntos de la clínica. “Hay papeles que debo poner en orden, pero que si quieres llámame la siguiente semana”. Apuntaron sus números de teléfono y luego cada uno siguió su camino.

De vuelta manejó en silencio. Observando por la ventanilla la mañana gris y la lluvia que estaba cayendo con fuerza al otro lado. Recordó que en días lluviosos como ese, hacía más de veinte años y en esas mismas calles, se la pasaban jugando con Eduardo y otros amigos. A pesar de tanto tiempo por fuera, aún recordaba perfectamente sus andenes.

Llegó a casa y pasó la tarde reflexionando acerca del futuro. Solo quería que pasara el tiempo. Se sentía como en una superficie sin aire. No sabía qué hacer con la casa cuando su madre muriera, tampoco si se iba a quedar a vivir en el país; esa, sin embargo, era una posibilidad muy remota. En fin, que por esos días estaba sin camino, pero con una tranquilidad inquietante. Sabía que todo tomaría, tarde o temprano, su rumbo. El dinero no le preocupaba, su madre recibía una jugosa pensión heredada de su padre y de la cual ella le había asignado una parte. Eso, más su trabajo como ilustrador *freelance* para una multinacional en Berlín, le proporcionaba otra entrada de dinero.

Ya era de noche cuando entró a la habitación y vio el diario en la mesa. Si bien ese día no había pensado en él, poseía algo ese cuaderno que le atraía demasiado, no se trataba solo de su contenido, hasta ese momento no había leído más que un par de páginas; era también algo en su aspecto, la letra y en ese aroma a libro viejo que despedía. Destapó una cerveza y prendió un cigarrillo.

Junio 7

El cubano me dijo que no podía ayudarme. La boca le olía a muerto. Pasé toda la tarde en la cama, tuve la intención de ir al río pero no encontré fuerza para hacerlo. Papá tiene razón, soy un bueno para nada. De regreso a casa vi a tu mamá frente a la puerta, ha engordado mucho.

Junio 9

No fui capaz de matar a Mateo, le pagué a otro para que lo hiciera. A Hernán, el hijo de Matilde. Lo más seguro es que se gaste el dinero en el cine. Por la mañana le di un trozo de carne y lo bañé, era lo mínimo que podía hacer, ha sido un buen perro, pero sobre todo un buen amigo. Nunca dijo una sola palabra. De no haberte visto, hubiera enloquecido. Por un momento me olvidé de quién era y que a lo mejor muera en alguna guerra usando un triste uniforme. Espero que cuando envejezcas no te salgan tantas arrugas y seas menos engreída. No sé qué hacer con mis cosas, pienso llevarme algunos libros.

La ropa se la voy a dejar a Hernán, no formaba parte del trato, pero a lo mejor le luzcan mejor que a mí y tenga suerte con las mujeres. Si fuera la mitad de lo que es él, no tendría que irme el domingo y podría seguir ocupando mis tardes tratando de quitarte la ropa. No puedo negar que a veces siento ganas de darte un puño, pero mi lado amable siempre triunfa. Al menos soy un tipo decente, eso nadie me lo quita.

Mamá aún no para de llorar, no soporto verla así, ojalá el domingo llegue pronto, pero lo dudo. Esta semana el tiempo no ha estado de mi lado.

3

Era miércoles. Manuel lo recordaba bien porque ese era el día de mayor afluencia de visitas. Y esa mañana, como era de esperarse, estaba atestado de personas. La verdad, nunca le habían gustado los hospitales, y menos si estaban llenos y, además, si la persona a visitar era a su madre, que ese día estaba un poco lúcida. El tumor en su cabeza, por lo general la mantenía distante, como en otro mundo, por lo que Manuel aprovechaba los momentos de lucidez, como ese, para saludarla y brindarle su afecto, cosa que a ella, toda su vida pareció faltarle. Recordaba Manuel que en su niñez fueron pocas, poquísimas las veces que se vio jugando con ella. Era una mujer cariñosa, claro. Pero su labor de madre abnegada, se veía cubierta por una tela casi imperceptible, que tal vez solo sus ojos de niño veían. Tuvo la sensación de que le faltaba algo. Anidaba en su interior soledad y carencia. La razón nunca la pudo descifrar. Y, como algunos rasgos de la personalidad se incrustan en los genes, generación tras generación, a Manuel también le pasaba. Durante toda su vida había

tenido el presentimiento de que podría convertirse en una persona distinta; de que, haciendo una cosa u otra, lograría transformarse en otro hombre. Pero al final terminaba sintiéndose como su madre, como esa misma persona llena de soledad y carencias.

Pasó toda la tarde en la clínica con ella. La mayor parte del tiempo en silencio, sentados en una banca en el jardín. Mirando cómo los otros enfermos paseaban lentamente con sus acompañantes. Familiares y amigos a los que se les dibujaban sonrisas de apoyo o caras de tristeza. Hablaron poco. Le preguntó cómo estaba, y Manuel le manifestó que se encontraba bien. “Estoy bien, madre. Aunque estar solo en casa me parece extraño. No te preocupes por mí. Estoy feliz de haber regresado y poder estar a tu lado”. Ella lo escuchó mirándolo fijo y, luego, Manuel vio cómo su mirada se extravió al momento que le preguntó si su padre iría a visitarla pronto. “Dile a tu padre que cuando regrese de viaje, venga a visitarme”. Manuel le respondió que así lo haría. Prefería no confrontar su demencia. Sus lapsus eran cada vez más frecuentes. Mezclaba sus fantasmas con la realidad. Sus silencios eran prolongados y, cuando hablaba, era para saltar de un escenario a otro. En su mundo unas veces su padre aún vivía, otras veces hablaba de cosas que Manuel no entendía. Situaciones extrañas que mezclaba en su cabeza. Recuerdos y anhelos que solo ella sabía. Él la escuchaba y, por decirlo de alguna manera, le llevaba la idea.

Se acercaba el final del horario de visitas y, cuando se disponía a despedirse, ella empezó a hablar. Al principio Manuel no entendía bien lo que le decía. “Él se ha ido, su papá lo entregó. Todo es por la guerra. Afuera es peligroso”. Hablaba que la única regla era estar adentro. “Afuera se llevan lo que más quieres”. Repetía lo mismo de manera

pausada, con ojos tristes y mirada ausente. Dijo que Manuel había nacido y que ella toda la vida lo quiso. “Siempre te he amado. Él no es malo. Él no estaba loco. Dile a tu padre que venga. Él era diferente. Afuera es peligroso. Afuera hace frío”.

Junio 29

Acá hay poco tiempo libre, todo es órdenes y horarios. Nos levantan a las cuatro de la mañana y nos mandan a dormir a las ocho. Todo el día hacemos ejercicio y sudamos, con cada ejercicio viene una canción. ¿Quién es el mejor? Mi país, sí, señor. Las composiciones no son muy buenas, y las voces mucho menos, pero es lo que hay, ya me acostumbraré.

El que duerme al lado se llama Benítez, ronca como animal, no he podido pegar el ojo, paso las noches viendo al techo y dando vueltas, pienso en masturbarme para poder dormir pero soy muy tímido, sospecho que dentro de un tiempo perderé esa timidez.

Benítez es un gordo maloliente y torpe. Todo el tiempo está mirándome con sus ojos gachos y su cara de idiota, cuando nos enseñen a usar armas pienso matarlo, esta vez no me voy a echar atrás, ¿qué tan difícil es matar a otra persona o a un animal?

Para escribir me tengo que esconder, escribir no es de hombres, eso lo aprendí acá, lo hago cuando voy a cagar o cuando

es muy de noche. Casi todo el tiempo estoy muy cansado. La comida es una tortura y se la doy a Benítez, nada tiene sabor y casi siempre está tibio.

Estos días me han servido para darme cuenta de que soy muy débil, si alguien me pregunta por qué soy tan débil voy a decir que la culpa es de mi mamá, su útero era un sitio inestable, solo pude aguantar siete meses. Lo único bueno es el clima, las noches son estrelladas y estoy aprendiendo sobre las estrellas. Sigo sin acostumbrarme a tener la cabeza rapada. El sol me da constantes dolores de cabeza, a veces busco la sombra, pero la tienen reservada para los altos mandos, es frustrante. Ahora me voy, el baño no es un lugar seguro.

Julio 2

Soñé con Aurelio, me desperté muy asustado y golpeé con la almohada a Benítez, tenía que desquitarme con alguien. En el sueño estábamos en una iglesia, teníamos trajes cortos y elegantes, jugábamos a las escondidas y luego él desaparecía, mis papás me regañaban. Fui a buscarlo y terminé en un bosque, de pronto aparecías tú, me decías que Aurelio no iba a volver. Tenías un vestido de flores y el pelo corto. De repente sentí miedo y una presencia acechándome, una presencia que me ahogaba, entonces corrí y corrí hasta despertar. Benítez gritó y todos se despertaron. Espero que me escribas pronto, me hace falta saber de ti.

4

Despertó y sintió que había dormido muy bien. Le parecía que ya se había adecuado por completo al cambio de clima y a la altura de la ciudad. Ese día no fue a visitar a su madre. Sintonzó una emisora de *jazz* y pasó parte de la mañana relajado en la cama.

Julio 15

Espero hayas recibido mi carta y haberte sacado una sonrisa. Tu sonrisa es algo que jamás podré olvidar. Si fueras una estrella, serías Antares. No lo escribí en la carta pero creo que deberías irte de tu casa y no volver, en ese sitio no vas a ser feliz. Tu mamá es una persona posesiva y egoísta, tiene celos de ti, si yo fuera mujer los tendría. Ahora tengo músculos y puedo levantar cosas pesadas. Pensé que me habías olvidado. Tu carta fue lo mejor, la quemé. Acá la gente se roba hasta las cartas, la soledad es algo terrible. En especial para un adolescente

reservado, no logro llevarme bien con nadie. Hago lo que dicen y me aburro de verdad, verdad. Todo el tiempo me dicen que debo crecer, que debo madurar, ser un hombre, pero me gusta pensar en otras cosas, ¿de qué color son tus calzones? ¿Por qué brillan las estrellas? ¿Cómo duermen los cocodrilos?

A veces doy una que otra respuesta inteligente y los demás tienen que hacer ejercicio para que yo aprenda cuándo callar, eso complica mi relación con los demás. No saben reír.

Benítez ha dejado de fastidiarme. Con el tiempo he descubierto que debajo de todo ese sebo hay un niño miedoso que extraña la comida de su mamá. A veces cuando hace esa cara de miserable, le doy mi comida. Si existe el cielo, estoy haciendo puntos para ganarme un cupo. Por mi parte, no he extrañado mucho a mi familia, papá ha comprado una finca y piensan irse a vivir a los llanos. A mamá todo le parece bien. Nunca le ha gustado poner problema ni preocuparse, se toma las cosas como vienen. Me mandó una navaja con mi nombre grabado y un libro: *El gran Gatsby*. A veces me gustaría despertar en mi casa y saber que no tengo nada que hacer, pero de pronto abro los ojos y sé que tengo que sudar...

Se encontraba leyendo el diario, cuando el teléfono sonó. Después del cuarto timbrado respondió. Era Eduardo. Le preguntó si se podían ver al día siguiente para almorzar. Manuel lo pensó un momento y luego le respondió que sí. De sus amigos de la niñez, aparte de Eduardo, ninguno se encontraba en la ciudad y otros ya habían muerto. A pesar de no haber compartido mucho tiempo juntos, los unía una amistad

y sobre todo una anécdota. No es que Manuel, tantos años después, se enorgulleciera de ello. Siempre se había considerado un hombre común y corriente. De hecho, esa anécdota, ahora que lo pensaba bien, era una de las cosas más emocionantes que le había sucedido en la vida:

La cita era a las tres. Pasó por su casa a las dos y media. Estaba ansioso y emocionado. No sabía a dónde iban, ni cuál era el plan. Era una tarde soleada de domingo, se dirigieron a un potrero cerca del vecindario; era un terreno baldío, sin casas, ni intrusos. Eduardo se cercioró de que nadie lo viera y sacó una pistola de su maleta; era una pieza rústica y muy particular. El primero en disparar fue él. Apretó el gatillo dos veces y sonrió. Se miraron sin decir nada, estaban completamente mudos, por unos segundos una nube tapó el sol, el escenario se tornó gris y el espacio se envolvió en una esfera, como los lentes de los fotógrafos; esa increíble sensación que se tiene cuando suceden cosas extraordinarias: uno pareciera participar de la escena y a la vez es testigo de lo que está sucediendo. Solo miraban el revólver que ahora reposaba en la mano derecha de Manuel. Pudo sentir su calor y el fuerte olor a pólvora que salía del arma humeante. Disparó una vez al aire y su brazo sintió toda la fuerza de la descarga bajando desde sus delgados dedos hasta el codo, una sensación de miedo y lucidez se apoderó de él, sintió por un momento que algo extraño estaba sucediendo, le entregó el revolver a Eduardo y este lo guardó en su maleta. Caminaron en silencio, en un chocante silencio. Esa noche, Manuel no durmió bien. Haber disparado, jalar el gatillo y luego sentir que algo malo sucedería, no se lo permitieron. Cuando se despidieron, Eduardo se encontró con Chacón, un compañero del colegio y le prestó el revólver y luego Chacón se lo dio a otra persona,

que a su vez asaltó un asadero de pollos y parece que el dueño del local se negó a darle el dinero, entonces le pegó un balazo y salió corriendo, con tan mala suerte que un policía que se encontraba almorzando en el mismo restaurante le propinó un certero golpe en el pecho y se lo llevó para la comisaría. No les tomó mucho en dar con el origen del arma: sabían que Chacón había vendido el revólver que Eduardo hurtó del cajón de la mesa de noche de su tío. Los papeles estaban a nombre del tío de Eduardo, así que el caso fue resuelto muy rápido, incluso el mismo Eduardo aceptó la culpa y nunca dijo que Manuel había disparado también el revólver ese día. Eduardo, por ser un niño, no tuvo mucho problema para librarse de la justicia, aunque no de la justicia de su madre, que no le permitió salir a jugar a la calle, ni llamar por teléfono, ni recibir visitas durante un año. Después de eso nada volvió a ser como antes y unos meses después, cuando terminaron el colegio, los padres de Manuel, que en el fondo sabían que él tuvo algo que ver con ese asunto, lo mandaron a estudiar a Alemania.

Y Manuel, tantos años después, estaba seguro de que Eduardo también se acordaba de esa anécdota y que, sin lugar a dudas, al día siguiente, en su encuentro, hablarían de ello.

Preparó café y, sonriendo en sus recuerdos, encendió un cigarrillo.

Julio 16

... El coronel Hernández me ha ayudado, es amigo de mi papá de toda la vida. Tiene bigote grueso, canas y mal aliento. No creo poder respetarlo, siempre he relacionado el poder con la elegancia y los buenos modales, cosas que él no demuestra,

igual lo obedezco. Me trata con cariño y hace lo posible por no darme órdenes, le debo recordar a alguien, a lo mejor a un hijo ilegítimo. Por las tardes trabajo en su oficina. Lo ayudo con papeles y con el teléfono. La mayor parte del tiempo estoy sentado o viendo por la ventana. A veces puedo leer periódicos y cosas así. Nada que valga la pena en realidad. Necesito encontrar tiempo para leer el libro que me mandó mi mamá. Siento que si me ven leyendo van a pensar que soy un consentido y eso no lo puedo permitir.

Hay un programa con los gringos, sirve saber inglés, si todo sale bien me iré de acá a una base en California. Por fin oír música y leer da frutos, no todo el tiempo pasa en vano. Tengo que escribir varias cartas de agradecimiento, no importa que estén muertos. Gracias, Bessie Smith; gracias, Edgar Allan Poe; gracias, Julio Verne; gracias, Beach Boys; pero sobre todo, gracias, tío Fernando. No te olvido. No creo que seas un cobarde, a veces la vida no es para todos.

Tengo que presentar un examen la otra semana. Pienso robarlo, no puedo perder la oportunidad. La idea es formar un grupo de diez cadetes ejemplares para que reciban el mejor entrenamiento que los gringos pueden ofrecer a un extranjero y formar una tropa élite. Creo que es una oportunidad para hacer de mí algo importante.

Antes de trabajar con el Coronel Hernández estuve un par de días en la cocina, no saben dónde ponerme, deben respetar mucho a mi papá para soportarme. En el polígono fui de los

peores. Tiemblo mucho. Lo bueno es que siempre hay alguien peor. En la cocina pongo en riesgo mis dedos y a cualquiera que se me acerque. Tener un cuchillo es una gran responsabilidad. Respeto a los cocineros.

Nota: Creo que me dicen Peter Pan.

5

“Tengo treinta y seis años, pero en el fondo siempre me he sentido como un niño”, le confesó un día Manuel a su sicólogo, sentado en el diván. “A pesar de que he vivido fuera de casa y lejos de mis padres la mayor parte de mi vida, y me he relacionado con gente de todo tipo en mi estudio y trabajo, nunca he logrado compenetrarme totalmente con la gente de mi entorno, siempre me he sentido a destiempo”. Y así era. Llevaba dos semanas de vuelta en Bogotá y aún no se acostumbraba de nuevo a sus calles, a esas mismas calles que caminó tantas veces de niño y que en ese momento le seguían pareciendo ajenas. Desde su regreso, salía únicamente de su casa al hospital o al supermercado. Casi siempre llovía. Tal vez, haberse encontrado con Eduardo y salir a tomar una copa con él, le haría bien.

La cita era en el Restaurante San Facón. Fue caminando y llegó unos minutos temprano. Pidió un café y se pasó el rato observando a la gente en las mesas que, animada, hablaba. Sacó el manuscrito del

bolsillo de la chaqueta y, después de darle unos sorbos a su café, continuó con la lectura.

Julio 20

Lo hice. Dentro de poco estaré en otro país. Me pregunto cómo será todo, si la comida sabrá igual, si la luz es intensa, si el sol es tan amarillo, si Aurelio seguirá persiguiéndome. Benítez me ayudó, prometí darle toda mi comida durante una semana. Nos escapamos por la noche y fuimos a la oficina de reclutamiento, era una noche oscura y sin luna, eso ayudó. Benítez sufrió de un pequeño ataque de pánico pero lo amenacé, la gente es muy dócil cuando sienten que pueden morir. Tuvimos que movernos como ratas para que las cosas salieran bien, ya no me parecen animales tan desagradables, es simplemente que vivimos rodeados de prejuicios y primeras impresiones.

El examen fue pan comido, me demoré quince minutos y salí silbando. Todo estaba muy claro. No pude esconder mi felicidad, me sentí superior a los demás. Benítez también presentó el examen pero lo perdió. Hay gente que no nació para aprender, sino para seguir órdenes. Otros como Benítez pueden pasar toda una vida sin saber para qué son buenos. A veces siento asco por todas las personas que estamos acá y por el mundo en general, vivimos vidas muy predecibles, y vamos haciendo como si fuéramos la gran mierda, cuando apenas sabemos a dónde vamos. Sigo sin poder dormir, la ansiedad se apodera de mí, me imagino cosas y situaciones. Ante todo soy un

romántico, eso lo sabes. He ensayado mis primeras palabras para cuando llegue a California. Hi, my name is Antonio.

La única forma de relajarme es contar mis respiraciones, así mato el tiempo y libero mi cabeza de pensamientos, sobre todo de Aurelio, siempre lo tengo presente. Hoy estaría cumpliendo 10 años. Por la mañana se me escurrió una lágrima. El ejército me ha hecho fuerte, antes hubiera lavado mi almohada.

Por otro lado mis papás están felices, ahora soy todo un orgullo para la familia. Parece que todo lo malo se les ha olvidado pero a mí no. Si hubiera cuidado a Aurelio como debería, si no hubiera ido a la cocina, mi vida, y sobre toda la suya serían diferentes. Ese día se repite una y otra vez en mi cabeza, espero algún día poder superarlo. He pensado que la santería me vendría bien. Los muertos no deberían darnos miedo.

Julio 24

La vida sigue, empecé *El gran Gatsby*. Un día quiero ser un tipo elegante y refinado. Recibir visitas y dar grandes fiestas para gente bonita y bien vestida.

Julio 29

Mi mamá vino a visitarme, se pintó el pelo. Odia sentirse vieja. Me trajo mis discos y una licorera que era de mi abuelo. Mi papá sonrió al verme, creo que es la primera vez que lo hace desde que tengo memoria, de pronto antes

de lo de Aurelio era diferente, no logro recordar, tal vez me alzaba y sonreía, tal vez tenía esperanzas y pensaba que podía ser alguien importante, el próximo gran magnate o terrateniente del país. Mamá dice que era un hombre amoroso y sonriente que me cargaba de hombros y se dormía junto a mí. ¿A dónde se van todas esas cosas? ¿Puede algo muy grande un día desaparecer?

Por la tarde fuimos a comer a un restaurante cerca de la base. En el sitio había un hombre gordo cantando boleros, tenía una voz gruesa y la mirada clavada en el pasado. Su canción me llevó a la infancia, a las vacaciones en Cartagena cuando conocí el mar. Le pregunté a mi mamá cómo se llamaba la canción y me dijo que “Deuda”. Era la canción de mi infancia, fue feliz y triste. Mi corto y profundo regreso a la infancia fue interrumpido por un mesero ovalado y sudoroso. Pedí una trucha al ajillo y fuimos una familia feliz.

Al final me dejaron en la base y mi mamá volvió a llorar. Me quedé viendo cómo el carro se alejaba, en esa máquina iba una parte de mi vida. Una que se volvía pequeña hasta desaparecer en el horizonte. Esa noche pude dormir tranquilo, no tuve necesidad de masturbarme.

Eduardo, desde niño, siempre fue ansioso. Pero, con los años, parecía que la ansiedad se le hubiera multiplicado. Llegó caminando rápido y cuando le saludó, sentía que no quisiera soltarle la mano. Durante el almuerzo empezó hablando poco, en cambio, no paraba de mirar a su alrededor, como si se sintiera observado. Al principio Manuel se sintió

incómodo, pero con el paso de los minutos, el ambiente se fue relajando y al final del almuerzo los dos estaban un poco más animados.

Salieron del restaurante y caminaron hasta un bar que recomendó Eduardo. El sitio a Manuel le pareció un lugar reservado, elegante y también algo clandestino. Se sentaron en la terraza del lugar y bebieron primero café, luego cerveza y finalmente ron. Pasaron largo rato tomando y hablando principalmente de cosas comunes de su trabajo y de su estadía fuera de Colombia. Cuando se dieron cuenta, había pasado mucho tiempo y ya estaban borrachos. La conversación tomó un tono nostálgico. Eduardo preguntó a Manuel si había tenido pareja. Este le respondió con sinceridad. “Nunca he tenido mucha suerte. Mi obsesiva soledad y mis constantes cambios de estados de ánimo sacan corriendo muy rápido a las mujeres”. Eduardo le contó que a él tampoco le había ido muy bien. Había estado casado, pero la relación había durado poco. Tenía problemas con la bebida y su trabajo como programador de sistemas lo sometía a largas jornadas de tarea, por lo que no podía dedicarle a la relación el suficiente tiempo y esfuerzo. Al final, su esposa lo había dejado.

Estaban hablando de ello cuando en el bar sonó una canción de Soda Stereo, “La ciudad de la furia”. Escucharon la canción en silencio y luego, como si se hubieran puesto de acuerdo, se rieron y empezaron a recordar a algunos amigos e historias de la niñez, entre ellas, por supuesto, la historia del revólver. Eduardo dijo que eso, tantos años después, le parecía una pilatuna inofensiva, claro, cuando pasó sintió que para él, la vida se acababa. Su madre no volvió a ser la misma y como no tenía padre, pues a ella le tocó asumir su crianza. Nunca fue una madre castigadora, pero en esa oportunidad no lo dejó salir du-

rante un año a la calle, le quitó sus juguetes favoritos y lo trataba en general de una manera distinta. Eduardo pasaba los días encerrado en su cuarto, leyendo y armando tramas en su cabeza. Este tiempo, dijo, le sirvió mucho para reflexionar y también para convertirse en el programador de sistemas que era.

Acabaron de beber y pidieron que les llamaran dos taxis. Salieron a fumar mientras los carros llegaban. Terminaron los cigarrillos al mismo momento que arribó el primero. Eduardo se subió y, cuando se estrecharon la mano para despedirse, dijo que la próxima vez que se vieran quería decirle algo. “Tengo algo que confesarte”. Soltó su mano y el carro se alejó en silencio al final de la calle.

6

Despertó ese día más cansado que de costumbre. La salida con Eduardo y el licor en exceso lo tumbaron en el sofá. Permaneció acostado un poco más de una hora antes de levantarse con resaca. Recordando. Pensando que tal vez al evocar los recuerdos una vez tras otra estos perderían fuerza. Pero sucedía todo lo contrario. Mientras más los recordaba, más fuerza tomaban. La sed se confundía con el fétido olor de su boca, con el dolor de cabeza y con sus recuerdos. Evocaciones casi todas referentes a su niñez y a la relación con su madre. Verla en ese estado casi vegetativo, inmersa en un silencio producto de su tumor cerebral, le causaba también una especie enfermedad, que en ese momento se traducía en recuerdos, mezclados con sus visiones y con la realidad. No podía dejar de pensar en lo que había sido su relación. Venían a su cabeza imágenes de cómo recordaba esa etapa. Veía a su madre sentada en su sillón, en silencio. A su padre

llegando de trabajar y a él sentado en la mesa de la sala, haciendo las tareas del colegio, antes de acostarse. Recordaba cómo eran sus mañanas en ese tiempo, los desayunos con chocolate, huevo tibio y pan. El estómago le crujía, la noche anterior no había comido nada. Después del almuerzo con Eduardo, solo habían bebido. Sentía un hambre tan voraz que no tuvo más remedio que levantarse.

Desayunó una taza de café, dos huevos fritos y unas cuantas rebanadas de pan. Luego, se dedicó a botar parte de las muchas cosas que su madre había acumulado en la casa. Se pasó la mañana recogiendo el reguero. Para ella seguro esas cosas representaban algo importante en sus recuerdos, pero para él no eran más que basura. Botó revistas, fotos, accesorios y muebles deteriorados. Basura tras basura iba saliendo de la casa. Pensó deshacerse de la caja de madera donde había encontrado el manuscrito. La abrió y observó nuevamente su contenido; las postales, la navaja, la cigarrera, el encendedor y el monedero. Decidió que no la botaría por el momento. Sacó la cigarrera e introdujo su cajetilla de cigarrillos dentro. Luego sacó la navaja y examinó detenidamente cada una de sus funciones. La guardó en el bolsillo. A Manuel nunca le habían gustado los cuchillos ni las armas, pero llevar esa navaja consigo, de alguna manera le daba valor y le acompañaba en esos momentos; hacía parte de ese temporal regreso a su vida del pasado. Cuando la guardó en el bolsillo sintió que de alguna manera lo protegía. Lo mismo que aquel manuscrito. Pensaba, recostado en el sofá, que algo importante, o al menos diferente, estaba pasando en su vida, algo que lo sacaba de su letargo y aislamiento.

Agosto 1

No fue muy difícil convencer al coronel Hernández, le dije que tenía que salir con urgencia y despedirme de alguien. Hice cara de perro lastimero y con eso tuvo. Al medio día estaba en tu casa. Mientras iba en el bus pensaba en todas las cosas que quería decirte, en las cicatrices que quería mostrarte y en los besos que quería darte. Aunque llovía y tenía hambre fue un viaje increíble. La lluvia le daba sentimientos a lo que tocaba. Los árboles lo sentían y los animales también. Todo era bello bajo la lluvia y la idea de estar contigo me hacía sonreír y disfrutar de todo.

No puedo describir la desilusión al no encontrar nadie en tu casa. Fui yo quien rompió la ventana. Te lo merecías. Se lo merecían todos, tu mamá también. Me senté un rato a esperar, pregunté a los vecinos pero nadie sabía nada de ti. Como no tenía nada que hacer, pasé a ver mi casa. Unos niños corrían en el jardín y las paredes estaban pintadas. A veces todo parece ser decepcionante, no estabas tú y en mi casa había un montón de niños felices y corriendo. Creo que me lo merezco. No se puede tener suerte siempre.

La casa al menos luce radiante, eso era bueno.

Estaba aburrido y deprimido y quería comer. Fui al restaurante de Sagrario, y en la entrada, justo en la puerta, estaba Mateo. Ladró y saltó como loco al verme, me tumbó al suelo

y me lamió la cara y las orejas. Estaba gordo y muy sucio. Luego salió Hernán con tres amigos y se sorprendió al verme, le dije que no se preocupara por haberme engañado, que ver a Mateo había sido el momento más feliz de mi vida. Le pregunté por ti pero me dijo que no sabía nada.

Fuimos por una cerveza. Desde que mis papás se fueron, las cosas les habían ido mejor, estaba trabajando con su papá y vivían de sembrar aguacates. La plaza estaba llena y la gente me miraba de reojo. Aún tenía mucha hambre y fui por un plato de frijoles de Sagrario, se alegró al saber que me iba, Mateo estuvo conmigo todo el tiempo. Y quería que se fuera conmigo.

Caminamos un rato y volví donde Hernán. Sus amigos son todo un grupo de ganadores, estaban reunidos en una mesa con cinco mujeres. Hacían trucos con cigarrillos y no paraban de reír. Luego uno se levantaba y le tomaba la mano a una de las chicas. Venía una larga mirada y una sonrisa y por último un beso en la mano. Ahí quedaban derretidas y desaparecían un rato. Mateo es testigo. Yo copié sus juegos y me concentré en la gordita de cachetes rosados. Fuimos cerca de la quebrada de tu casa y sentí todo su peso. Y todo iba bien, hasta que nos dimos un beso muy largo y el mundo se me vino al piso, no supe cómo regresé a la base. Ni mucho menos cómo llego Mateo.

Solo tengo la imagen del coronel Hernández gritando y yo con esas irresistibles ganas de morir.

Toda la semana me la han cobrado, me duele escribir. Lo bueno es que no me importa mucho, valió la pena. Quieren hacer de mí todo un modelo de vida para cuando vuelva, y Mateo ahora hace parte del honorable ejército de la patria. Se decepcionarán, ya lo verán. El espejo no miente. No soy lo que buscan.

Sigo ensayando mi inglés. *I want to watch a movie. Let me help you, don't be afraid. Yes, sir. Okay, sir. Another beer please.*

El manuscrito estaba sobre su pecho cuando abrió los ojos. El día se había ido y él se había quedado dormido. Fue una de esas siestas a mitad de la tarde en las que una vez despierto, aún se tienen recuerdos de lo soñado. Manuel se encontraba jugando en un parque muy grande, estaba rodeado de otros niños, pero por alguna razón ellos le veían como un adulto. Él sabía que era un niño, pero ellos se burlaban, porque para ellos él era un adulto y por más que tratara de hacerles ver que era un niño ellos no lo entendían. Y al final del sueño, justo antes de despertarse, su madre aparecía e intentaba tranquilizarlo. Manuel buscaba protección en sus brazos, pero mientras se acercaba a su regazo, su figura se iba desvaneciendo hasta terminar convertida en algo inalcanzable.

7

Llamó al hospital temprano. La enfermera que le atendió dijo que su madre no podría recibir visitas ese día. Le iban a practicar unos exámenes. Sin embargo, la enfermera le pidió que fuera a la clínica. Le explicó que el doctor que veía a su madre, había tenido una calamidad doméstica y que lo iba a reemplazar otra doctora. “¿Podría venir al hospital hoy? La doctora que se encargará de los cuidados de su madre quiere conocerlo y ponerlo al tanto de su salud”. Manuel respondió que estaría en el hospital a las tres. Antes de colgar, la enfermera le indicó que se dirigiera a la oficina de bienestar de la clínica y que preguntara por la doctora Irene Báez.

Llegó a la clínica a las dos y, efectivamente, a su madre la tenían en observación. Se dirigió a la oficina que le habían indicado telefónicamente y preguntó por la doctora Irene Báez. Le dijeron que en ese momento se encontraba ocupada, por una cirugía de último momento.

En una hora lo atendería. Se sentó a esperarla en una sala que estaba adjunta a la oficina y, para matar el tiempo, sacó el manuscrito del bolsillo de su chaqueta.

Agosto 30

El viaje fue agotador, nos dieron unas pastillas y sigo sin poder recuperarme, sufro de mareos y me cuesta concentrarme. Primero nos llevaron en helicóptero hasta Bogotá, tuve ganas de vomitar pero lo controlé. También pensé en la posibilidad de botarme, pero no hay prisa. De Bogotá volamos en un avión gigante a una base en La Florida, dormí todo el camino. Allí nos recibió el general McCarthy, un tipo canoso y serio. A pesar de sus gestos, decía estar muy entusiasmado por la colaboración entre ambos países, nos dijo que aprovecharíamos y aprendiéramos a vivir de verdad, pisábamos las tierras de la oportunidad y eso era la libertad. Pasamos dos días allí. Finalmente llegamos a *Presidio of Monterrey*, un lugar agradable a primera vista. El escuadrón Colombia se caracteriza por su variedad, la mayoría son de Bogotá, hay uno de Jardín, otro de Medellín, dos de Cartagena y uno de Palmira. He tenido que asumir el terrible papel de líder.

Lo que más me ha gustado es que el sol se esconda en mis noches. Cuando me sirven la comida pienso en el desayuno y no logro comer esa carne.

Hay muchos mexicanos y podemos hablar español, son segunda generación. García es uno de ellos, es grande y gordo, nos

ha ayudado mucho, parece buen tipo. Nació en San Diego, entró al ejército por su padre que estuvo en la guerra y murió en Normandía. Nos dijo que la clave allí era soportar, que al principio era difícil pero que después las cosas cambiaban.

Me gusta también la luz, es muy diferente, no es fácil de explicar, pero es vibrante y fresca y seca, y sin razón alguna me hace sonreír.

Los gringos nos miran de reojo. No hemos caído muy bien. De resto no hay mucha diferencia, más allá de la implacable rigidez. Nos levantamos a las cuatro, trotamos hasta las cinco, armas a las diez, almuerzo a las once, teoría de dos a cuatro, volvemos al ejercicio, y a las ocho ducha, luego tenemos una hora de dulce libertad. Ya casi termino *El gran Gatsby*, si la vida fuera justa yo tendría una casa igual y estaría rodeado de mujeres bonitas como Gatsby. Por ahora tengo hombres y camas a mi alrededor. Tranquilo, no hay nada de qué preocuparse.

Por otro lado puedo escribir sin temor, muchos lo hacen, ya no tengo que esconderme y eso me gusta. Nos ubicaron en un sitio especial, uno del escuadrón Colombia.

Nuestro superior es el capitán Holliday, un roble mono de malas pulgas. Siempre suele quejarse de nuestro olor. El olor del tercer mundo. Holliday usa gafas oscuras y nos mira de arriba abajo. Nos habla de la guerra y de las cosas que un hombre tiene que ver. En el pecho tiene la marca de una bala nazi. Lo acepta con orgullo porque lo hizo por su país, a pesar de odiar a los franceses y a los rusos.

Los viernes son días especiales. Traen algo para levantar el espíritu, la próxima iba a venir un mago pero se murió, ahora vamos a ver una película. Se acerca nuestro primer permiso, aún no sabemos a dónde ir, García dice que lo mejor es bajar hasta Tijuana. Me dijo que nos piensa llevar y me regaló un paquete de cigarrillos. No sé cual sea el significado de ese gesto, no confío en la personas que me dan regalos sin razones. Luego de dármele se fue sonriente y con un aire sobrador. El mono de Jardín me preguntó, “¿Qué es Tijuana?”

Cuando se disponía a cerrar el diario, de sus páginas salió un mechón de pelo, amarrado con un delgado hilo. Lo examinó un momento. Se trataba de un cabello castaño, suave y delgado; ni muy liso, ni muy crespo. Lo que más le impresionó fue que conservara un aroma delicioso, que a Manuel lo llevó a su niñez cuando olía el perfume de geranios de su madre. Estaba concentrado curioseando el cabello amarrado, cuando apareció la doctora, que traía en sus manos una carpeta con la historia clínica.

“¿Es usted Manuel Simón?”. Manuel movió la cabeza afirmativamente y ella continuó hablando. “La enfermera me ha dicho que usted es el hijo de mi paciente y quería hablarle acerca de ello”. Le hizo un resumen del estado de salud de su madre. Hablaba de manera pausada. Era una doctora de unos treinta años, morena y atractiva. Tenía, además, un cuerpo firme, senos redondos que dejaban ver el escote de su bata, el olor de su perfume y una mirada especial. Manuel pareció transformarse. Jamás había percibido un magnetismo tan fuerte

en el primer encuentro con una mujer. Una sensación que le llegó de repente y que le duró lo que se extendió la charla. La encontraba muy sensual. Desde esa primera vez que la vio, quiso acostarse con ella. Se dio cuenta de manera instintiva que ella también sintió algo por él. Cuando terminaron de hablar, se dieron la mano para despedirse. El aroma a geranios regresó a su mente. Manuel sintió cómo el cuerpo se le estremecía y notó, un poco incómodo, que se le producía una fuerte erección. Lo que sucedió después, le avergonzó un poco; nunca había hecho esto en un baño público: con el recuerdo de la doctora Irene, entró al baño de la clínica y se masturbó.

8

Las mujeres y en general las relaciones humanas son muy diferentes en Alemania. Allí las personas son más frías y pragmáticas. Pensaba Manuel esa mañana. Sabía que él no había sido un gran conquistador y que su condición de solitario tampoco le había ayudado. En los años vividos en Alemania, solo tuvo un par de relaciones. Bueno, si a eso se podría llamar relaciones. Fueron más bien algunos encuentros casuales, que duraron poco, en los que las partes intercambiaban sexo y también algo de compañía. Por lo general permanecía solo. Le gustaba salir a caminar en las noches frías, veía los parques pelados por el invierno, las plazas y los bares con nombres extraños. Le gustaba sentarse a ver a las personas en lugares públicos. Otras veces permanecía encerrado en su casa, viendo la nieve caer al otro lado de la ventana. Tan espesa que no podía verse a dos metros.

Estaba metido en sus recuerdos cuando sonó el teléfono. Era Eduardo. Dijo que quería verlo. Manuel, después de pensarlo, lo invitó a su casa a almorzar. Eduardo llegó al medio día y mientras Manuel terminaba de preparar el almuerzo, recorrió la casa en su totalidad y

luego dijo que la veía igual. Recordó los momentos que pasaban en su habitación del segundo piso, mirando por el balcón. Fumando en secreto, intercambiando revistas y casetes de rock. Le contó que él veía a veces a sus padres caminando por el barrio, pero que nunca habló con ellos. Siempre le dio pena preguntarles, pues también intuía que ellos sabían el asunto del revólver. Luego se trasteó del barrio cuando terminó la universidad. “Tu madre siempre me ha parecido una persona especial. Ojalá su sufrimiento no se prolongue por mucho tiempo y pueda descansar pronto”.

Acompañaron el almuerzo con una botella de vino. Manuel encontró unos discos de *The Cure*, *The Smiths* y *The Clash*, y los puso en el viejo tocadiscos. Después del almuerzo salieron con la botella de vino al balcón. Fumaron rememorando en silencio, hasta que Eduardo, que había estado ansioso toda la noche, comenzó a hablar. Al principio Manuel pensó que estaba borracho, pero luego, cuando le hizo la confesión, se dio cuenta de que todo tenía sentido. “Todo es siempre igual. Es un ciclo”. Empezó diciendo. “Todo es siempre y es todo lo mismo. Todo es igual y cíclico. Si llueve, crecen los árboles; si no, se secan. Y si no tenemos alimentos, pues morimos. En definitiva la vida es solo una y al final todos terminamos muriendo. Todos terminamos hechos polvo. Así es. Hay muchas maneras de vivir. Y al final lo importante es cómo uno viva la vida de uno mismo. Eso es más que suficiente.” Paró un momento y se quedó observando desde el balcón. Al fondo se veía una plaza grande con su iglesia, y, más abajo, los carros que pasaban.

Bebió otro trago largo y continuó. “Mi trabajo, por ejemplo. Es también cíclico, una serie interminable de códigos y líneas de comando,

para hacer cualquier cosa. Y eso es lo que quería contarte”. Se quedó mirando fijamente a Manuel “Quiero decirte que esto nadie más lo sabe”. Bebió otro trago y al fin confesó. “Hace unos meses, el ejército me contrató para hacer un simulador de vuelo. Bueno, pues además he tenido acceso a información y documentos confidenciales. De eso no pienso contarte mucho. Para resumirte, el ejército tiene unos planes a cinco años que cambiarán el rumbo drásticamente en Colombia. Según los documentos que tengo en mis manos hay involucrados en esos planes: políticos, periodistas, incluso, la guerrilla. El caso es que hace unas dos semanas, antes de volver a verte, me llamó un hombre al celular y me dijo que quería hablar conmigo esa misma tarde. Pues bueno, fui a su encuentro, nos vimos en un parque del norte. El hombre fue al grano, me dijo que sabía que yo tenía acceso a información privilegiada y me ofreció mucho dinero por esos documentos. Dijo también que si quería “ellos” podrían ayudarme a conseguir una nueva identidad. Le dije que me diera unos días para pensarlo”... Bebió otro trago y terminó. “Pues bien, después de analizar todo, al final he decidido que voy a aceptar el trato. Ando cansado y aburrido. Mi vida ha girado alrededor de mi trabajo. Como sabes, mis padres murieron hace años y mi vida afectiva es una porquería. Así que irme del país, con un nuevo nombre, a empezar de cero, me parece más que emocionante. Todo se va de prisa. Todo desaparece de repente”. Terminó de hacer la confesión y se quedaron en silencio. Manuel no sabía qué decir, y estaba seguro de que Eduardo tampoco esperaba que dijera algo.

Se levantó, estiró los brazos, como para quitarse un poco la tensión, sonrió y dijo que era bueno verlo. “Me voy en dos días. Te llamo antes”. Abrió la puerta y se marchó. Manuel se quedó terminando un

último trago en el balcón. Luego, apagó las luces y se fue a la cama. Abrió el manuscrito en la última página que había leído. Observó nuevamente el mechón de pelo. El eco de la música fue alejándose poco a poco, pensó en su madre y en Eduardo. No entendía por qué le confesaba eso. Tal vez confiaba mucho en él, además le daba seguridad el hecho de que no conociera a nadie más que a él en la ciudad. Si bien, en la niñez los había unido una buena amistad y también complicidad, hacía muchos años que no hablaban. Podría denunciarlo. Incluso, llegó a pensarlo. Pero se sintió apenado y lo descartó de tajo.

Septiembre 12

García y yo empezamos un pequeño negocio. Vendemos cigarrillos. La cosa va bien; cuando uno está encerrado y sin mucho que hacer, el precio de un cigarrillo es cosa irrelevante, podemos especular sin preocupaciones. El valor depende de la persona y de los estados de ánimo. Tenemos que pagarle a un tipo afuera y otro en la entrada, García hace eso, yo me encargo de vender y guardar la mercancía. He pensado que podía vender otras cosas. Voy a estudiar el mercado, son muchas cosas las que un hombre joven y solo puede necesitar.

Hace poco llegó un grupo de negros, no entiendo una sola palabra de lo que dicen pero parece que se están quejando. Aparte de ser ruidosos, sus gestos son muy exagerados. Cada situación esconde una gran risa o una manoteada o unos ojos salidos, es como si vivieran al extremo siempre.

Suelen haber peleas y encontronazos. Los blancos se creen los dueños de todo. Intenté congeniar con los negros pero no fue una buena idea. Sigo siendo un maldito latino.

Por las mañanas nos dan unas pastillas, dicen que son para fortalecernos la mente y el cuerpo. Yo no me siento más fuerte, por el contrario, una debilidad se apodera de mí y he perdido el apetito, he bajado de peso y ganado musculatura. Se me han formado dos cuevas en los ojos y pienso mucho en dormir. Voy a dejar de tomarlas.

Entré a un curso de astronomía, hay buenos telescopios y gente con conocimientos verdaderos. Los ejercicios y las prácticas son puntuales y todo parece funcionar de una forma macabramente perfecta.

Es raro ver nubes, el cielo brilla y se ven todas las estrellas, punto tras punto. Cuando estoy acostado pienso en cómo se verá el mundo desde afuera. ¿Será agradable?

Hay mucha fiebre por la vida en otros planetas, según García, allí están nuestros próximos enemigos. Vienen por el agua y la comida.

Septiembre 20

Tijuana nos espera, necesito salir de la rutina, sin las pastillas ha sido todo un reto soportar día tras día. Soñé contigo y desperté diciendo tu nombre.

Dolores, Dolores, Dolores.

9

Se bañó, se vistió y salió a visitar a su madre. Llegó a la clínica y subió al cuarto. La puerta se encontraba cerrada. Era normal que algunas veces en las que iba a visitarla, la estuvieran bañando, o cambiando, o haciéndole algún examen; por lo cual cerraban la puerta, para hacer los procedimientos menos penosos. Golpeó suavemente y después de un momento apareció una enfermera. Le dijo que hacía un momento su madre había entrado en crisis y que le habían dado unos calmantes. Ahora estaba dormida. Le preguntó a la enfermera por la doctora Irene y la enfermera le respondió que ella estaba con otro paciente en ese momento y que más tarde regresaría.

Acercó la silla a la cama de su madre y la acompañó en silencio. Viendo su respiración, que en algunos momentos era acompasada y en otros era arrítmica. La observaba detenidamente, veía cómo sus la-

bios saltaban milimétricamente, produciendo unos espasmos que parecían bajarle hasta la garganta, produciendo un sonido tan leve, que solo ella y él podían oír. Su respiración regular indicaba que su cuerpo todavía estaba en este mundo. Pero lo que habitaba el interior de sus pupilas, no se movía. Pasó largo rato en ello. Mirando sus facciones y sus gestos. En ese momento le invadió una profunda tristeza. Sentía que les había faltado tiempo. Quizás habían pasado un largo periodo lejos el uno del otro. Claro, también sabía que eso era algo inevitable. La muerte de los seres queridos siempre deja un vacío.

Había pasado más de una hora cuando llegó la doctora Irene a la habitación. Fue una conversación muy corta. Dijo que su madre pronto despertaría y que sería bueno que lo viera a su lado, acompañándola. Explicó que iba a firmar unos papeles y que regresaría en un rato. Manuel quedó nuevamente solo con su madre en el cuarto y, mientras ella seguía durmiendo, sacó el manuscrito y continuó leyéndolo.

Septiembre 25

Tijuana es otro mundo. Uno agreste y salvaje, lleno de polvo y olor a orines. Los negocios tienen carteles grandes y coloridos. El primo de García nos recibió en su casa. Un lugar sucio en el centro de la ciudad. En el baño no hay agua y hay que usar un balde. Vive con dos perros y unos viejitos. Creo que son sus abuelos, se pasan el día sentados, ya sea en la sala o en la calle. Nos acomodamos sobre un colchón maloliente y mugriento. Lamento haber incomodado a las ratas que lo habitan, sé que, como yo, tampoco disfrutaban de las visitas.

En la calle hay música todo el tiempo y gringos borrachos. Hay que tener cuidado, los enemigos están a la orden del día, lo mismo que las prostitutas. Se botan encima de uno con aliento a tequila, preguntado “¿Eres gringo? ¿Eres gringo, papi? ¿Tienes dinero?”. Se decepcionan si uno es de un país humilde o simplemente desconocido. Yo pensaba en ti, lo juro. Tu piel joven y tu olor a vida. Nada se compara con eso. Me hubiera gustado que fueras una de ellas.

García nos llevó a un bar de mala muerte cerca del Hotel Caesar. En un esquina ruidosa y llena de borrachos. Todo el mundo parecía conocerlo, aquel tipo musculoso y bronceado que cambiaba del inglés al español con mucha facilidad y que nada le parecía asustar, era toda una estrella. Nos contó que su abuelo había luchado junto a Pancho Villa, en Tijuana era una leyenda y por eso la ciudad los respetaba. A la memoria de don Ramón García, decían al brindar.

En la entrada del bar había una mujer madura, gorda y muy maquillada. García le dio un beso en la mejilla y se perdieron entre el humo y la oscuridad del lugar. Nosotros nos quedamos tomando cerveza con Raúl, el primo de García. Según él, el dinero estaba en la marihuana. Lleva meses traficando y está muy orgulloso de vivir de eso, nos regaló manotadas de capullos frescos y olorosos. Hablaba de la camioneta que se iba a comprar, de las cosas que pensaba hacer y de la casa que soñaba construir. Mientras hablaba armó un cigarrillo y lo encendió, después de unas largas caladas lo pasó. Dudé mucho en fumar

pero no podía mostrarme débil, era todo un soldado y el miedo no es digno de un profesional. De repente empezamos a reír y se nos sentaron unas mujeres en las piernas. A diferencia de lo que había visto hasta ese momento, estas putas eran jóvenes. Raúl reía y decía que le caíamos bien, que deberíamos hacer negocios y comprar tierras en baja California. Sin darme cuenta tenía las tetas de una mujer chocando contra mi cara. García apareció sin camisa y con una botella en la mano. Me dio un abrazo y me regó la botella encima. La cabeza me retumbaba y tenía que apoyarme de las paredes. Un grupo de mariachis entró al sitio y Raúl empezó a cantar, su voz recordaba mis peores pesadillas. Luego vinieron imágenes confusas, dinero saliendo de mis bolsillos y copas de tequila.

Mientras esperaba para usar el orinal, Manotas, uno de los cartageneros, me confesó que le gustaban los hombres, que se sentía incomodo en ese sitio y que se quería ir. Le dije que hiciera lo que le pareciera, que a mí no me importaba pero que por favor esa día no me dejara solo. No estaba bien.

Al volver a la mesa, vi la cara de Aurelio en el hombre que tocaba el guitarrón. Era su cara de niño inocente, en el cuerpo de un mexicano vividor. Las fuerzas me abandonaron y no recuerdo nada más.

Me gustaría poder describir con precisión las sensaciones que tuve, el desorden, el ruido, la gente, el calor sofocante y el tequila me hacían temblar las piernas y me daban ganas de abrazar y gritar, y sobre todo de nunca parar.

Su madre había despertado y él no lo había notado. No sabía cuánto tiempo llevaba observándolo. Miraba con los ojos entreabiertos. Como regresando de un largo sueño. Manuel se acercó y le besó la frente. Ella vio el diario en su mano e hizo un gesto que a Manuel primero le pareció de felicidad, después de terror mezclado con tristeza. En su mirada se reflejó un sentimiento imposible de describir con palabras. Ella cerró los ojos y Manuel como por instinto lo abrió y siguió leyendo en voz baja.

Octubre 4

Gracias, no sabes lo feliz que soy. El olor de tu pelo me hace levitar y la vida es bella. Que el tiempo pase volando para poder verte. Siento que a pesar de estar tan lejos de ti, la distancia es algo intrascendente, te siento y percibo cuando estás pensado en mí, en el momento en que te pienso, y entre más kilómetros se interpongan, más crece eso que siento por ti.

Sé que no eres todo, que soy muy joven y que tú no piensas en estas cosas. Sé que no quieres atar tu vida a una persona y que quieres conocer el mundo. Pero cuando estoy contigo el mundo deja de existir. Tú eres todo. El inicio y el fin. La lluvia y el cielo estrellado. Es raro el día que mi corazón no te busca. Cuando pienso en ti no hay dolor, ni malas intenciones. Cierro los ojos y recuerdo cada cosa que he pasado contigo. No se me escapa nada y jamás lo hará. Hay cosas que uno no puede controlar y que no tienen fin, viven para siempre y están lejos de enterrarse con un cuerpo.

Antares brilla más de lo normal y yo soy un soldado feliz.

Terminó de leer y notó que su madre lloraba con los ojos cerrados, y, además estaba dormida. Como pudo, se levantó y salió de la habitación aturdido. ¿Por qué le pidió que lo leyera? ¿Cuál era el motivo de su llanto? Estaba buscando respuestas cuando en el pasillo de la clínica se encontró con la doctora Irene. Le preguntó cómo seguía su madre y él contestó que se había quedado dormida. Se quedaron dos segundos mirándose sin decir nada y como por impulso, Manuel propuso, si tenía tiempo, tomar un café. “Será solo un momento, quiero preguntarle algo”. Ella explicó que tenía tan solo unos minutos. Entonces, sin decir nada, caminaron hasta la cafetería de la clínica. Manuel sabía que no disponía de mucho tiempo, así que fue al grano. Él no conocía nada acerca de ella, ni de su vida, pero sentía un magnetismo muy fuerte. Ella le miraba fijo, esperando que hablara, que diera el paso. Manuel, sin pensarlo más, le dijo que le gustaría verla algún día fuera de la clínica. La mujer se quedó en silencio unos segundos, mirándolo fijamente y luego, sin decir palabra alguna, sacó un papel, anotó algo en él, lo dejó encima de la mesa, se levantó y se fue.

Salió a la calle. Bogotá esa tarde le parecía inalcanzable. Llegó a casa poco antes del anochecer. Pasó un rato dando vueltas. Se sentía ansioso. No quería conciliar el sueño. Fue a la cocina, se preparó un café y se sentó en el balcón a observar el cielo. Sacó el papel del bolsillo y leyó por quinta vez: “Irene 310 884 1145, llámame mañana”.

10

Eduardo lo llamó esa mañana, sonaba alterado. Le dijo que lo estaban siguiendo. Afuera de su apartamento estaban dos hombres de traje y corbata desde la noche anterior. Sabía que eran del ejército. Estaba asustado. Dijo que ya había comprado los tiquetes, que viajaba ese mismo día en la tarde. “Si todo sale bien, mañana estaré en otro lugar. Pero todavía no lo sé. Como ya te lo dije, la vida es incierta. De cualquier manera; y pase lo que pase, quiero decirte que me gustó volver a verte. Y espero que para nuestro próximo encuentro no tengan que pasar otros veinte años”. Y colgó. Habló tan rápido que no le dio tiempo de decirle nada. Aunque Manuel tampoco sabía qué decir. En el fondo lo único que deseaba era que todo le saliera bien. Que si todo le salía bien, le gustaría encontrárselo la próxima vez abandonado al sol, frente a las montañas, en algún lugar desconocido.

Nos llevaron a las montañas a un entrenamiento especial, estuvimos una semana y dormimos en carpas, era un bosque de Sequoias, que son los árboles más grandes del mundo, miden más de cien metros y han vivido cientos de años. Pero el bosque se estaba incendiando y por las noches parecía un mar, uno rojo y que no paraba de vibrar. Trabajamos con los bomberos. Esos hombres sí son rudos. No había visto algo parecido, bigotes, músculos, grasa, fuerza, violencia y tranquilidad, los envidié, quisiera sentir ese tipo de convicción por algo en la vida.

Aparte de eso, aprendimos a ubicarnos y a desarrollar estrategias contra guerrillas. Trabajamos en grupos de cinco. Unos correteando a otros, moviéndonos sin parar, acechándonos, bajo la supervisión de Holliday. Últimamente no me pierde de vista, tuve que dejar de vender cigarrillos. No le gusta la idea de que un extranjero se lleve su dinero. No vio morir cientos en la guerra para que otro se hiciera rico en su tierra y se fuera.

Vélez se quebró un brazo y tuvimos que devolvernos. Se resbaló con la paja y terminó rodando montaña abajo. El casco se le salió, su cabeza es muy pequeña y las tallas de acá muy grandes.

Terminó de leer y mientras preparaba el almuerzo, pensaba en quién sería Antonio, el autor del manuscrito. Quería saber más acerca de él. Sus padres fueron personas de pocos amigos, de hecho, solo hablaban con las personas de su entorno de manera impersonal. Su

padre nunca llevó a nadie a la casa. Su madre menos. Se limitaban a interactuar con sus profesores, las personas de las tiendas y los vecinos. La mayor parte del tiempo la pasaban en casa. Salían poco, principalmente a un parque que quedaba cerca y algunas veces al cine. Manuel podía entrar a sus amigos a la casa, por supuesto. Pero ellos, nunca entraron a los suyos. Pensaba que tal vez sus padres no tenían amigos. Además su madre no tenía hermanos y su padre tenía solo uno que vivía fuera del país y con el cual hablaba unas pocas veces por teléfono al año. Manuel no sabía quién podría haber escrito el diario. ¿Quién era Antonio?

Por la tarde vimos una película con John Wayne, “*The Searchers*”. El tipo es un vaquero rudo que no le tiene miedo a nada ni a nadie. Un día los indios matan a su familia y roban a su sobrina. Él promete venganza y va en busca de ella, no importa el clima, ni el dinero, su objetivo está marcado. Los años pasan y la búsqueda continúa. Al final, y después de muchas idas y venidas, la encuentra. Ella se ha convertido en uno de ellos. Eso es algo que John Wayne no puede entender ni aceptar. Aceptar tal humillación no es digno de él. A pesar de los deseos que siente por matar a su sobrina, el tipo rudo se derrumba y abraza a la india, y todo queda superado. En la sala se respiraba emoción y fiebre por la bandera. La mayoría, en algún momento, ha soñado con ser John Wayne. A mí me parecía un viejo rabioso y con muy malos modales, me gustaría verlo sin armas y con un trabajo. Seguro sería un borracho y se la pasaría peleando con inmigrantes, hablando de cómo eran las cosas antes y todo lo que le debían los que no eran de allí. Espero que no vuelvan a traer más películas así, me gustan las de detectives.

Después del almuerzo, y luego de meditar sobre cómo se lo pediría, llamó a Irene y la invitó a cenar. Lo hizo sin miedo. La decisión estaba tomada y en ese momento no podía detenerse. Ella, después de unos segundos, le respondió que ese día no podía; pero que al día siguiente tenía la noche libre. Oyéndola, a Manuel le pareció convencerse de que ella también quería acostarse con él. Creyó notarlo en su tono de voz. Le preguntó si quería que pasara a la clínica a recogerla. “La verdad es que no. Prefiero que nos veamos en otro lugar”. Conviniere entonces, por idea de ella, verse en el restaurante CabaCat, a las ocho de la noche. El lugar quedaba en el norte, le dio las indicaciones de llegada y luego se despidieron.

El resto del día permaneció deambulando por la casa. Sintonizando emisoras al azar. Matando ansiedad. Eduardo no volvió a llamar. Y él siguió arreglando y botando cosas acumuladas por su madre. Decidió que donaría la biblioteca a algún colegio. No era una gran biblioteca, contenía en su mayoría libros de estudio que, seguramente, así estuvieran un poco desactualizados, en algún colegio servirían.

Esa noche se acostó pasadas las once y durmió plácidamente.

11

Pasó la mañana y parte de la tarde. Pensó en ir a visitar a su madre pero lo descartó. No le pareció buena idea llegar al hospital y encontrarse con Irene allí. Parecería que la estaba acechando. Si ya tenía una cita esa noche con ella, lo mejor sería esperar. Se puso a organizar entonces la casa y a seguir botando cosas. Pensó en Eduardo. ¿Qué le habría pasado, habría podido viajar? Lo único que podía hacer era esperar. No tenía manera de contactarlo, además, le había dicho que cualquier cosa que sucediera, él le avisaría.

Antes de que empezara a anochecer se bañó y, después de vestirse, pidió un taxi. Llegó al restaurante unos minutos antes de las ocho y se sentó en una mesa en la terraza. Una mesera lo atendió con el menú. Manuel le explicó que todavía no iba a ordenar comida, que esperaba a alguien. Le pidió una cerveza. Abrió el manuscrito y, antes de comenzar a leer, para matar la espera, observó a la gente. En su mayoría parejas de ejecutivos, hombres y mujeres con traje, hablando entretenidamente. Había un hombre solo en la barra. Sonaba Edith Piaf de fondo.

Holliday ha pillado el negocio de los cigarrillos, creo que siempre lo supo. Me ha quitado todo el dinero y me ha clavado cual esclavo. No dije nada de García. He lavado baños y lustrado botas. Recogido mierda y brillado metales. He barrido patios y planchado uniformes. Mi papá ha llamado, le dije que todo estaba bien, de maravilla para ser preciso. Su voz sonaba muy alegre, me dijo que estaba muy orgulloso y que toda la familia me mandaba saludos, también dijo que mamá me había mandado una carta.

Por lo que hablamos me dio a entender que estaban felices en los Llanos, había comprado treinta toretes y unos cuantos terneros. Donde vivían había sapos gigantes y culebras que se enroscaban a los árboles. Mamá se había vuelto muy amiga del cura y se la pasaba en la iglesia. Organizaba misas y reuniones en pro de los pobres, era su etapa caritativa. Cuando no estaba en la iglesia, estaba en la casa cuidando de su jardín. Papá se levantaba al ordeño y se dormía con la caída del sol. Pronto irían de vacaciones a Brasil a visitar a los primos de mi papá. Le pregunté a cuáles, me dijo que yo era muy pequeño cuando ellos fueron a visitarnos. Luego mencionó el triciclo verde y con eso llené el vacío.

El buen triciclo verde.

La carta llegó, venían unas fotos y una imagen del Divino Niño. Mamá y papá aparecen enfrente de la casa, él con sombrero y botas, y ella con un vestido. Había otras fotos donde se veía el jardín y otra de los trabajadores enlazando los toretes. En la carta mamá decía que lo pasado, pasado está, que lo importante es el futuro y los recuerdos de lo que fue. Ella sabía que yo sufría y que ella también, al igual que mi papá. Que no me fiara de su frialdad. También decía que no podíamos recriminarnos por las cosas de la vida. Había cosas que jamás podríamos entender y que la vida era así. Tenía que darle vuelta a la página y seguir mi vida. ¡Lloré como una niña!

Quería abrazarme a alguien y lo único que tenía era una almohada. La apreté lo más que pude y la mordí.

Aurelio tenía dos años, yo ocho. Mis papás habían ido a visitar a mi tía al hospital, estaba muy enferma, murió a las pocas semanas. Nos dejaron con Matilde que estaba ocupada, preparaba el almuerzo. Aurelio y yo jugábamos con una pelota encima de la cama de mis papás. Yo tenía el balón y él trataba de quitármelo. Ese día me levanté de malas pulgas, cuando se despertó trató de meterse en mi cama pero lo saqué a empujones. Como yo era más grande, tiraba la pelota al aire y él trataba de cogerla, cuando estaba cerca de lograrlo, lo empujaba y se levantaba consumido por la rabia y con la cara colorada. Sobre la mesa había un baúl con las cosas de mi mamá, estaba reorganizado su cuarto. En una de esas empujé Aurelio con

fuerza y salió de la cama pegándose contra la mesa, Matilde dijo mi nombre, entonces pateé la pelota y salí corriendo a la cocina, oí un chillido y un golpe seco. No le di importancia, cuando regresé Aurelio estaba morado y atrapado debajo del baúl. Me escondí en un closet hasta que Matilde gritó.

“Dios mío, Dios mío, mi niño, mi niño”.

Yo había tumbado el baúl y matado a mi hermanito. Qué ruin y miserable era. Qué ruin y miserable me siento.

Dejó de leer y se sintió ansioso. Miró el reloj, eran las ocho y diez minutos. Levantó la mirada y vio a Irene entrando por la puerta del restaurante. Llevaba un vestido negro y una chaqueta de color azul turquesa. El vestido era bastante sencillo, pero a Irene se le veía muy elegante y a la vez provocativo. Tenía un escote que realzaba el tamaño de sus senos. Se saludaron con un beso en la mejilla y, luego de intercambiar nerviosamente impresiones sobre el tráfico de la ciudad y el clima, ordenaron la comida con una botella de vino.

Durante la cena hablaron poco, sin embargo la conversación fue animada. Manuel hizo un breve recuento de su vida, incluidos algunos detalles de su niñez, de su trabajo como ilustrador y de lo que era su vida en Alemania. Irene no hablaba mucho, pero escuchaba atentamente, de vez en cuando reía y no dejaba de mirarlo. Una hora después terminaron la comida y la botella de vino. Manuel se sentía un poco mareado y a la vez excitado. Pensó en preguntarle si quería algo más, en cambio, animado por el efecto del vino y de su escote, la invitó a su casa. Ella lo dudó unos segundos y luego respondió “Mejor vamos a un hotel”.

Le quitó el vestido y la ropa interior. La acostó en el suelo y la besó por todo el cuerpo. Al principio muy lento, recorriendo sus rincones. Lentamente, muy despacio. Apretó sus carnes y deslizó los dedos por su cuerpo húmedo. Ella olía su ansiedad y Manuel percibía los temblores de su cuerpo. Cayó lento, arrastró el deseo durante lo que pareció un inagotable minuto. No aguantó más y la penetró. Lo hicieron dos veces en el suelo y la última en la cama. Con furia y también con dulzura.

Duraron unos minutos sin decir nada. Luego Manuel se prendió un cigarrillo y preguntó si era casada. Ella no respondió y él se sintió apenado. Luego se disculpó. “No es nada personal, me he dejado llevar por el momento y solo por hablar, te preguntaba, quería saber algo más de ti”. Irene se levantó de la cama y empezó a vestirse. Manuel pensó que se había molestado, pero en su cara había destellos de tristeza. Terminó de vestirse y lo besó. Luego dijo que esa noche no le contaría nada. Que al otro día lo haría. “Mañana te contaré de mí lo que quieras saber, hasta mañana no me preguntes nada”.

12

Todo en su encuentro con Irene fue intenso. Un poder que sobrepasaba cualquier experiencia con otra mujer. Recordaba su boca rodeando su pene, apretándolo con una mano y la otra acariciando su vagina, por debajo de su falda. Toda la mañana se la pasó en cama, inmerso en las profundidades de los recuerdos, el olor a geranios y la humedad de la noche anterior.

Se preguntaba qué sería lo que Irene quería contarle. Aunque le había dicho que la llamara y que ese día se verían y le contaría todo acerca de su vida, Manuel no quería parecer intenso, así que se aguantó las ganas de hacerlo en la mañana y al finalizar la tarde la llamó a su teléfono celular. Sonó el buzón de mensajes. Volvió a marcar y rebotó nuevamente al buzón. Entonces le dejó un mensaje. “Hola, soy Manuel, cuando puedas llámame”. Y colgó. Pasó toda la tarde quemando

el tiempo en una cosa y otra. Mirando a cada momento el teléfono. Creía verlo prenderse y cuando lo tomaba se daba cuenta de que no había sonado. Deambuló por la casa como loco y cuando se dio cuenta, se encontraba muy ansioso. Quiso matar la ansiedad con una cerveza y trató de concentrarse de lleno en la lectura.

Noviembre 14

García dijo que me tenía una sorpresa, que me la daría cuando tuviera licencia, según él, así sería mejor. El fin de semana se celebró el día de los veteranos. Trajeron cerveza, juegos artificiales y mucha comida. Lo que se impone es la carne.

Me acordé de Benítez, pobre infeliz. Si logra conseguir una mujer debe aferrarse a ella y no dejarla ir, no tiene muchas probabilidades de conseguir otra.

He tenido mucho tiempo para pensar y no me hace bien. Han sido días aburridos y dominados por la rutina. Trato de estar tranquilo y no dejarme guiar por mis impulsos. Me estoy esforzando por hacer lo mejor posible, además me tienen vigilado. Dicen que soy arrogante.

En cuanto a mis capacidades he ganado confianza a la hora de disparar, resulta que no soy tan malo como pensaba. Todo está en mi cabeza.

Volvimos a las montañas. Estaban cubiertas de nieve y era muy difícil caminar, querían estar seguros de que seríamos capaces de superar cualquier terreno. Nos repartimos de nuevo en dos grupos. La idea era someter al rival. Nos ubicaron en sitios diferentes, nos dieron unas coordenadas y eso fue todo. Hemos aprendido de estrategias y técnicas, lo último de lo último. En nuestras cabezas están las operaciones que se usarán en la próxima guerra. Hollyday nos dijo que nunca dejaban de prepararse, que mientras una guerra acababa otra estaba siendo planeada y que lo mejor era estar un paso adelante y no dejarse coger con los pantalones abajo. Ahora se pone un palo entre los dientes y casi no abre la boca para hablar. Lo hace porque sabe lo molesto que es. Cuando se para en frente de nosotros, le gusta terminar las conversaciones sobre mi cara. Me concentro en la respiración y trato de olvidar que está en frente.

Todo esto ha empezado a gustarme, he aprendido a valerme por mí mismo. Una noche matamos un oso. Vélez entró en pánico cuando el animal lo sorprendió cagando y le disparó. Velandía propuso que nos lo comiéramos, era una oportunidad que no podíamos dejar pasar, parecía tener sentido, pero no fuimos capaces. Era solo un entrenamiento. No teníamos que tomarnos las cosas tan a pecho, al menos no en otro país. Dejamos el oso debajo de un árbol esperando a que el bosque se lo comiera.

Cuando pillamos al otro equipo estaban recostados, recién almorzados. Los seguimos toda la tarde sin que se dieran cuenta, esperamos hasta que se sintieron seguros y bajaran la guardia. Les caímos encima y les dimos unos cachazos. Esas son las reglas.

Después tuvimos que esperar todo el día para que nos recogieran, comimos y buscamos un buen lugar para pasar el rato. Fuimos a la cima de una montaña. Debajo se extendían esas increíbles sequoías formado un tapete blanco con punticos verdes. El sol se puso y cerré los ojos para respirar el lugar. Me sentí como un conquistador y el olor de la cima me dio un momento de paz. En ese instante estaba sometido ante la grandeza de lo que resiste al tiempo, supongo que eso es la inmensidad.

Eran las cinco de la tarde cuando tomó la decisión de llamar a la clínica, con el pretexto de preguntar por el estado de su madre. La enfermera que le atendió dijo que su madre se encontraba dormida, que había pasado un día tranquilo, principalmente por los calmantes. Le preguntó si la doctora Irene se encontraba. La enfermera respondió que no. “La doctora Irene llamó esta mañana para informar que se le había presentado una situación que debía atender. No va a venir en unos días a la clínica. Pero no se preocupe, otro médico ya está al frente del estado de salud de su madre”. Manuel preguntó si no sabía dónde o cómo podría encontrarla. La enfermera manifestó que no tenía permitido dar sus datos personales. Dio las gracias y colgó. Sintió cómo le temblaban las piernas.

13

Cuando abrió los ojos estaba solo, como siempre. Pensaba que tal vez todo perteneciera a una ilusión. Que tal vez todo fuera producto de su imaginación. Pero la única verdad es que Irene, como había aparecido, había desaparecido. Y a él, aunque se encontraba triste, en el fondo no le parecía extraño. Las mujeres que había conocido en su vida, de las que alguna manera se había enamorado o sentido atracción, siempre terminaban huyendo. Era como si en él habitara una maldición. Una condena a la cual se había acostumbrado. Por primera vez desde su regreso, se sentía realmente triste. Se asomó a la ventana y vio que afuera llovía. En la calle no se veían personas. Solo las luces de los carros que pasaban y luego se borraban en el asfalto mojado. “Las cosas en su mayoría, desaparecen de repente”. Los sentimientos, las personas y la vida.

Permaneció de pie gran parte de esa mañana, caminando por la casa, asomándose a la ventana y viendo cómo la lluvia se estrellaba sobre la calle. Le daba la impresión de haber vuelto a los doce años. Cuando era pequeño y disfrutaba ver caer las gotas de lluvia hasta desaparecer en el pavimento. Sonó su teléfono celular. Pensó, por inercia, que se trataba de Irene y le asaltaron los nervios. Caminó de prisa hasta el aparato que se encontraba en la sala y cuando lo tomó vio en su pantalla el nombre de Eduardo. Contestó, pero ya había colgado. Devolvió la llamada pero no obtuvo respuesta.

Después de almorzar salió a la clínica, con el pretexto de visitar a su madre, aunque en el fondo lo que Manuel realmente quería era encontrar a Irene. Preguntó en la misma oficina donde la conoció y le dijeron exactamente lo mismo que ya le habían explicado por teléfono “La doctora Irene pidió una licencia, no va a venir en unos días”. Salió de allí y caminó por el jardín de la clínica, luego se sentó en una banca a esperar; en el fondo de él habitaba la esperanza de verla llegar. No dejaba de parecerle extraña su repentina desaparición. Después de lo que había sucedido la noche anterior. Además, se suponía que se iban a ver. Barajó varias hipótesis. La primera, que ella era casada y que su esposo se había enterado de su encuentro y esto le había generado graves problemas. Luego se la imaginó enferma, en su cama, sin ganas de recibir visitas y llamadas. Especuló mucho y repasó todas las posibilidades. Pensó incluso que todo era producto de su imaginación. Pero al final, lo único cierto es que ella no aparecería en unos días. O que ella tal vez, no volvería a aparecer jamás.

Diciembre 15

El fin de semana tenemos licencia. Vamos a ir a Los Ángeles. García recomendó un hotel en Bunker Hill, una prima suya trabaja allí. Nos va a prestar su carro para movilizarnos. Espero encontrar algo bonito para mandarte, lo mismo que a mi mamá.

Antes de salir, García me dio un papel, me dijo que era LSD. Creo que no hay nada que él no pueda conseguir. Dijo que me va a gustar, es lo que está de moda en San Francisco. Que me asegurara de hacerlo en un lugar donde estuviera tranquilo.

Diciembre 20

Más allá de lo que vemos, la vida existe, lo comprobé. Si la pregunta es que si estamos solos en el universo, la respuesta es no. He visto la distancia y los planetas, he estado en naves inimaginables y he visto otras vidas. No hay razón alguna para sentirse amenazado, solo querían saber cómo funcionábamos y cual era nuestra composición. Están buscando la cura para una extraña enfermedad en su planeta. En la nave todo era frío y viscoso. La luz era roja y me pusieron unas gafas para poder ver. Dijeron que no podían decirme de dónde venían, lo que sí dijeron es que no eran los únicos. Que habían estado desde el principio y que habían visto todo. Las pirámides y los edificios. Me explicaron que para ellos no existe la muerte ya que todo perdura y transmuta. Habían raptado gente desde el inicio y los tenían viviendo en réplicas de nuestras ciudades.

Así como nosotros encerrábamos animales, ellos nos encerraban a nosotros, decían que algunas personas lo disfrutaban, no tener que preocuparse nunca más por nada era el mejor regalo de todos: no trabajo, no familia, no ser nada.

Me alejé del grupo para echar una orinada. El sol estaba cayendo, estábamos parqueados sobre la carretera que da al *Valle de San Fernando*. Velandia hablaba del letrero de Hollywood y de la foto que le iba mandar a sus papás. Habíamos estado en el paseo de la fama y por todo *Hollywood Boulevard*. Los Ángeles está llena de mexicanos. La discusión estaba en si la persona que manejaba el coup de ville era Shirley Maclaine o no. Yo oía sus voces y seguía caminando, me había comido el papel que García me dio y el estómago me vibraba, no podía contener la risa. Sentía el cuerpo muy liviano y el contacto con cualquier cosa me deslumbraba.

De repente una luz vino de arriba y me cegó, luego hubo un ruido que no podía soportar y grité. Cuando abrí los ojos, unos ojos negros y grandes me observaban. Dijeron que todo iba estar bien. Sabían quién era yo y dijeron que era especial, que no era como los otros. Luego me dieron una bebida fría, sabía a tierra. La bebida servía para eliminar todas las toxinas y recuperar el estado natural de los órganos. Mi ropa no estaba por ningún lado, no podía controlar mis músculos y sentía que me derretía.

Estuve perdido un día, una patrulla de la policía me encontró en *Lincoln Heights*, nadie supo explicar mi desaparición. Todos

fuimos castigados, perder un miembro del grupo es inaceptable. A pesar de las preguntas no he contado nada a nadie. He dicho que fui a orinar y no recuerdo nada más. No sé en quién confiar.

Se encontraba tan inmerso en la lectura, que no notó cuando una persona se había sentado a su lado. En la misma banca. Era un señor de unos setenta o más años. Completamente calvo y de cabeza grande. Saludó y después de unos segundos miró a Manuel y preguntó “¿Está usted enfermo o vino a visitar a alguien?”. Manuel le resumió que su madre estaba internada allí y que su estado era grave. “La verdad, no le queda mucho tiempo de vida”. El hombre escuchó a Manuel y luego comentó que su esposa estaba también en estado terminal. Sufría de leucemia. En sus ojos vidriosos se veía una profunda tristeza. Hablaba de la enfermedad y de la muerte. Manuel lo escuchaba en silencio. El hombre detalló que su esposa había sido todo en su vida. Que no pudieron tener hijos, pero que “A veces las cosas pasan porque tienen que pasar. Lo único que hay que tener es fortaleza”, dijo. “Ellos se van y nosotros seguimos viviendo”.

Salió de la clínica y caminó unas cuerdas con las manos en los bolsillos, pensando en Irene. Un sentimiento de culpa lo invadió. Estaba en ese momento más preocupado por Irene que por la salud de su madre. Había estado allí y ni siquiera había pasado a su cuarto a ver cómo se encontraba. Si aún estaba viva. Sintió náuseas y también deseos de verla, de abrazarla, de decirle que lo perdonara, que ella a pesar de todo era su madre y él ahora la necesitaba. Pensó en devolverse, pero ya era demasiado tarde. Se había acabado el horario de visitas.

14

Apenas se levantó, llamó a preguntar por ella. Si se encontraba bien, pensaba ir a visitarla. Le embargaba un sentimiento de culpa por haber estado el día anterior en la clínica y no haberla pasado a ver, así hubiera estado dormida. La enfermera que lo atendió dijo que, desafortunadamente para él, ella no podía recibir visitas tampoco ese día. En la mañana le harían unas terapias y pasaría la tarde dormida. Se puso, entonces, en la tarea de terminar de limpiar la casa. Ya había botado gran cantidad de cosas y regalado otras. Le faltaba muy poco para concluir la limpieza y ese era el momento más adecuado para hacerlo.

Terminó poco después del medio día. Todo se veía muy limpio y en orden. Parecía otra casa muy diferente a la que me había vivido en su niñez. La misma que le había acogido de vuelta hacía tan solo unos días. No tuvo tiempo de preparar almuerzo. Llamó y pidió una pizza, dos cervezas y almorzó en la terraza.

Hoy pude haber pasado a las páginas de la historia como el colombiano que lanzó una granada en una base de Norteamérica y que luego volvió a la cama para escribir en su diario. Estuve muy cerca de hacerlo... Holliday nos ha puesto a trabajar todo el día y en el campo estuvimos lanzando granadas, la cabeza se me calentó y quise terminar con todo, pero me controlé. Tenía la granada en mi mano y la voz de Holliday a mis espaldas. Di la vuelta y lo vi a los ojos, me miró con su odio y boté la granada al campo.

He descubierto cuánto me deprimen las multitudes, sobre todo cuando están haciendo fila, así la vida parece ser algo intrascendente, a lo mejor lo sea, pero la simple imagen me destruye. Filas de personas, una tras otra, sin sentido alguno, me quiebra y me desilusiona. Acá es así todos los días y me estoy comenzado a desesperar.

Los dolores de cabeza son culpables de mi mala actitud, uno de los papelitos de García me vendría bien. Tengo que contarle lo que me pasó pero no he tenido la oportunidad, se ha mantenido alejado.

No me deja en paz saber que mientras creo que el mundo gira a mi alrededor, estoy siendo observado como animal de zoológico. Afuera alguien se ha encargado de escribir la historia de nuestras vidas y lo único que hacemos es jugar un papel. Así funciona la vida, como un puto programa de televisión.

Estoy seguro de que la persona que escribió la historia de mi vida sabe de este cuaderno. Debo hacer algo con él. En sueños se han comunicado conmigo de nuevo, Sorners, ese es su nombre. Uno me preguntó por qué la gente hacía esas cosas, le pregunté qué cosas. Me dijo que eso de aferrarse a lo que tienen a la mano con tanto desespero. No entendía el porqué de los juguetes de plástico, los entierros y tener que llenar cuadernos con palabras. En su planeta lo importante era la trascendencia, lo que no tiene fin. Su mundo estaba rodeado de eternos y no estaba sujeto a impulsos. Hubiera sido bueno que me hubieran llevado, me gustaría saber cómo se ve el cielo desde allá.

Diciembre 24

Espero que mi carta haya llegado, solo puedo confiar en ti. Quisiera verte y abrazarte. Ha sido un día muy raro, la primera navidad lejos de mi casa, sin regalos y comiendo pavo. Los Sorners han destruido mi inocencia, adiós arcoíris y finales felices. Bienvenida realidad.

Mi cabeza no para de moverse y de agitarse, y cuando no soy yo, son seres de otro planeta y cuando no son ellos, es la gente que me rodea. Por más que me esfuerce no logro entender las personas, creo que nunca lo haré. Sus risas falsas y sus sueños me desesperan. En la base me miran de reojo y hablan de lo que me pudo haber pasado, de pronto creen que estoy muerto y que por eso deben ser respetuosos. Prefiero guardar silencio y pasar por loco antes de tener que hablarles.

A pesar de todo siguen habiendo cosas que me conmueven, la navidad ha llegado y hay un ambiente alegre y fraterno. Espero que de ahora en adelante la vida me traiga cosas que me sirvan de verdad. No quiero más medias, ni relojes, de ahora en adelante quiero cosas que no se dañen con el tiempo y que no las alcance el olvido.

Diciembre 25

Desde el contacto, me han mantenido con calmantes, se aseguran de que los trague, el tiempo se pasa volando y cuando me doy cuenta estoy acostado de nuevo. Algo apareció en mi axila, es una especie de marca, una costra que no desaparece. Me han mandado a hacerme varios exámenes. Un psicólogo vino a verme, el doctor Murray, es un hombre silencioso y meticuloso, me tocó, me hizo unas preguntas y se fue. Quisiera saber qué fue lo que escribió. La cabeza no para de latir, el cerebro me vibra. Me han metido en una cápsula y han tomado fotos mías por dentro.

Han reportado mi situación en Colombia. Hablé con un general, no presté atención a su nombre, creo que era Fernández. Me ha dicho que era inaceptable. Que esperaban que no se repitiera, y que había muchas cosas por explicar a mi regreso.

El regreso, qué desastre, no quiero.

Cuando estaba terminando la segunda cerveza, sonó su teléfono celular. Era un hombre que se identificó como el teniente Sarmiento. Le explicó, de una forma muy cordial, directa y concreta, que “Su número celular y su nombre están en los registros de los últimos marcados desde el teléfono de Eduardo Torres”. Y que el señor Eduardo ahora se encontraba preso y siendo investigado. Le pidió que se presentara en dos días en su despacho, en la Brigada Veinte. “No es necesario que venga con su abogado, vamos a hacerle solo unas preguntas de trámite”. Quería interrogarlo acerca de su relación con Eduardo, básicamente. Manuel lo escuchó con calma y atención. Sin embargo, cuando colgó, sintió un poco de nervios. Le inquietaba pensar que se podría ver envuelto en un asunto del cual él no había participado. También sabía que se podía meter en un gran problema, solo por el hecho de haber escuchado la confesión que Eduardo le hizo. Además, a él fue la última persona a la que le llamó. Y, si Eduardo estaba preso, era porque el ejército había descubierto el “plan” de vender los documentos que estaban en su poder. “Documentos de seguridad nacional”, según dijo. Pensó que lo mejor sería no preocuparse mucho antes de tiempo y esperar que llegara el día y cumplir la citación. En realidad, Manuel no tenía nada que ver con ese asunto, eso era lo único que él sabía. Aunque motivos sobran para verse involucrado.

Al final de la tarde, se encontraba agotado de tanto pensar. Salió a caminar por el barrio y luego bajó hasta el centro a buscar una licorera para comprar una botella de vino. Una lluvia fina caía sobre la ciudad. La lluvia mojaba los bloques de edificios que se erguían como rocas. A esa hora la ciudad se veía agitada y gris. La gente saliendo de sus trabajos se agolpaba con las sombrillas en la calle. En un momento le dio la impresión que alguien lo seguía. Caminó más rápido e ingresó

a un local. Desde allí pudo ver que solo se trataba de su imaginación. Se encontraba solo, nadie lo perseguía. La noche estaba fría y el frío y la indiferencia lo cubría todo y él, de alguna manera, hacía parte de eso. Sintió ganas de salir corriendo y desaparecer definitivamente.

15

Conduciendo hacia la clínica, pensaba en las cosas que pasaban por esos días en su vida. Eran poco convencionales para "una persona común" como él. Regresar a Bogotá después de tantos años, no solo movió sus recuerdos. También estaban girando alrededor suyo una serie de acontecimientos que parecían insólitos. Sentía, de alguna manera, que estaba en otra dimensión, en donde la comodidad y la cobardía no tenían cabida. La enfermedad de su madre, el extraño diario, su encuentro con Irene y su posterior desaparición, y lo que podría ser el desenlace de la situación de Eduardo. Su vida había tomado un rumbo lleno de acontecimientos insólitos, que él mismo nunca habría imaginado.

Llegó a la habitación, y su madre estaba despierta. Para sorpresa de Manuel muy lúcida y de buen humor. Le preguntó cómo le había ido los últimos días. Quería saber si se quedaría con la casa o si la iba

a vender. También indagó sobre su futuro. Dijo que la noche anterior había soñado con él. Lo miraba con gesto dulce, transmitiéndole todo el amor que sentía por su hijo. De hecho esa era la mirada que Manuel recordaba de ella. Esa profunda mirada que le regaló aquella mañana en el cuarto del hospital. Pasaron un rato hablando. Manuel le dijo que aún no había decidido si vender la casa o no. Le contó que había botado y regalado gran cantidad de muebles y cosas en general. Le confesó además que había encontrado el baúl y que había mirado su contenido. Ella se quedó pensando unos segundos y después le dijo “Entonces no lo he soñado”. Se acordaba vagamente que el otro día en esa misma habitación le había pedido que le leyera un fragmento. “¿Lo llevas contigo?”. Manuel le dijo que sí, que de eso quería hablarle. Esa mañana su madre estaba tranquila. Parecía interesada por el manuscrito, así que Manuel se animó y le preguntó “¿Tú sabes quién era Antonio, el hombre que escribió este cuaderno?”. Su madre, como era de esperarse, no respondió. En cambio dijo “Léelo a mi lado”.

Enero 10

No he estado muy bien, estuve en el hospital. La fiebre no ha querido dejarme en paz. Mientras estuve dormido fui a muchos sitios. Mi cuerpo no me retiene, puedo ir de un lugar a otro sin tener que desplazarme. Es la mejor forma de viajar. No estoy seguro de dónde estuve, es difícil decirlo, casi siempre hacía calor y no podía hablar. Unas veces era un perro y otras veces estaba en el mar. En unas caminaba con Aurelio y en otras cocinabas para mí. Lo que sí era constante era una voz ronca y gruesa, hablaba de lo que iba a pasar y que no me

debía asustar. Que todo era normal y que tenía que dejarme llevar. He perdido el miedo y veo las cosas diferentes. Los Sorners se pueden comunicar sin tener que hablar, así hay menos errores y las cosas funcionan mejor. Una vez realizado el contacto no se puede volver atrás, es algo con lo que uno tiene que aprender a vivir. Los Sorners saben que acá, en la tierra, nadie le presta mucho cuidado a alguien hablando de vida en otros planetas, por eso hacen lo que hacen con tanta facilidad.

No sé cuánto tiempo estuve de lugar en lugar. Cuando desperté al que le gustan los hombres tenía mi mano entre la suya. Parecía muy preocupado, los doctores me dijeron que mi grupo estuvo muy pendiente de mí, me visitaron todos los días. Sigo siendo su líder, eso nada lo puede cambiar. Le dije que me podía soltar, que algo de tomar me vendría bien. Estaba muy seco y me costaba hablar. Cuando volvió, dejó el vaso de agua y se fue. Creo que está enamorado de mí.

Me gustaría hablar con mis papás, me pregunto cómo estuvo Brasil.

Enero 25

He vuelto de nuevo a mis actividades y perdido peso. Conté a García lo qué me pasó, le dije toda la verdad. Me dijo que estaba loco pero que me iba ayudar, que no me iba dejar solo, me lo debía. Cree en cada palabra que le digo y dice que no debería callar. “Lo que te pasó es algo que a cualquiera le

puede pasar”, esas fueron sus palabras. También sugirió comprarme un traje elegante y abandonar este lugar. Acá mi futuro está clausurado, por mucho llegaré a ser general y tener una vida que no es justa para mí. Según supo, estaban alistando las cosas para mandarme a casa antes de tiempo. Me habló de San Francisco, allí conoce gente que me puede ayudar. Entre las cosas que me dijo, me recomendó escribir un libro. La gente confía en los libros, ya después podría hacer reuniones y después quien sabe qué, de pronto tener una mansión como Gatsby. La idea no me ha sonado mal. Tengo que pensar.

Terminó de leer y ella se había quedado dormida. En su cara tenía dibujada una leve sonrisa. Un gesto de tranquilidad. Parecía que las palabras consignadas en el diario le habían traído paz. Su actitud lo había dejado perplejo. Ese día, al salir de la clínica, supo que su madre muy pronto moriría. Habitaba en él la tristeza por lo que sería su inminente muerte; pero su enfermedad se había prolongado tanto, que los dos tuvieron tiempo para hacer el respectivo luto y entender también la muerte como un proceso natural. Ella más que él, por supuesto.

En la noche, abrió de nuevo el cofre y miró su contenido. Quería encontrar más pistas sobre Antonio. Le intrigaba saber más. Intuía que su madre tuvo algún tipo de relación con él. Tal vez fue un amigo de su adolescencia, o algún novio que tuvo antes de conocer a su padre, o simplemente el baúl lo había heredado de otra persona. Eso era precisamente lo que Manuel quería saber. Las postales eran de diferentes lugares, estaban firmadas por diferentes personas y pare-

cían de colección. La navaja llevaba su nombre grabado, “Antonio”. La respuesta tal vez se encontraba en el diario, pero eso tampoco lo sabía. Tendría que terminarlo de leer y seguro entendería mejor todo lo que quería saber.

O tal vez no.

Lo único cierto era que esa noche se encontraba cansado. Se destapó una cerveza y mientras la bebía pensó un instante en Irene y luego, antes de irse a la cama, se acordó de la citación a la brigada que tenía al día siguiente.

16

Desayunando pensaba en lo que sería su cita con el teniente Sarmiento. Le inquietaba verse envuelto en esa situación. Mientras más le daba vueltas, más se convencía de que a él no podrían involucrarlo en ese asunto. Lo único que tenía claro, era que pensaba hablar únicamente con la verdad. Al menos con “su” verdad. Desayunó y quiso leer el diario. Pero, antes de abrirlo, hizo un breve recuento. El autor del diario era Antonio, un joven con tendencias psicópatas y que parecía delirante. Su padre lo envió al ejército a prestar el servicio militar. Estando allí le dan la posibilidad de viajar a Estados Unidos a tomar un curso. Una vez instalado en esa base y en medio de un fuerte entrenamiento, conoce a varios compañeros y se ve envuelto en diferentes circunstancias. Conoce el LSD y en medio de los viajes que le producen los ácidos, es raptado por unos extraterrestres. Los Sorners. Nunca había escuchado esa palabra, sin embargo, Antonio hablaba mucho sobre ellos. Como también escribía sobre su amada.

No decía su nombre, la llamaba “Dolores”. Sin duda, era la dueña del mechón de pelo que estaba entre las hojas del diario. Parecía, además, que su madre quiso ocultar siempre lo que contenía el baúl. Seguramente esa era la razón de haberlo guardado tan celosamente con candado todos estos años. Sacó la navaja de Antonio que había guardado en el bolsillo y se quedó mirándola fijamente.

Febrero 12

El pasado ya no me atormenta, puedo ver todo a la vez: pasado, presente y futuro. Mamá tenía razón y los Sorners también. La vida no tiene fin y Aurelio no me odia. En alguna parte sigue siendo un niño que juega a la pelota y que sabe que mi amor siempre lo acompañará. La muerte no me parece algo tan terrible; la vida, sí. La respuesta está arriba, las estrellas lo dicen todo, solo hay que saber leerlas. Se comunican entre ellas y así mismo se comunica el universo. Nada pasa al azar, cada cosa tiene un significado, puede que uno no logre entenderlo en vida, pero no hay que tener afán.

Le he contado a mi grupo lo de los Sorners, quería probar suerte, pero sus caras cambian cada vez que toco el tema. Unos se aferran a sus escapularios y otros sienten lástima de mí, “Pobre Antonio, está loquito”. El rumor ha llegado a Holliday. Me ha citado en su oficina y me ha preguntado. Lo he negado todo, Holliday jamás entendería, lo suyo es la fuerza bruta.

Los viajes siguen, mi cuerpo es solo una prueba fugaz de mi existencia. Volví a la infancia y estuve un tiempo en la vejez,

tener las orejas peludas no es tan grave; no poder caminar solo, sí. Te he visto acostada en el hospital, te has vuelto un vegetal y esperas dejar de respirar. He apretado tu mano y sentí eso por lo cual escribo estas páginas.

Era una tarde fría y el cielo estaba cubierto de nubes. Llevabas más de un mes en el hospital, eso dijo la enfermera. Te compré unas rosas y las dejé sobre la mesa, junto a mi diario. El corazón me latió al verlo.

Dolores, Dolores, Dolores.

Jamás pensé que verte así me pareciera tan normal, antes la muerte me daba angustia, ahora pienso que no se ve tan mal, en ella hay paz y tranquilidad. Mis sentimientos y los recuerdos de tí, jamás desaparecerán.

Cuando salí del cuarto del hospital estaba en la ducha de la base militar, rodeado de cuerpos desnudos y risas adolescentes, Holliday estaba gritando y tenía el palillo en la boca.

Febrero 28

He hablado con mi mamá, dice que está muy preocupada. En Colombia creen que unas prostitutas mexicanas me han drogado y robado, y que yo no me he podido recuperar.

Mañana pienso escapar, García está de turno y tiene todo listo, debe estar a las 3:30 en la cocina, la idea es salir por la puerta

de adelante en el camión donde traen los alimentos, después de estar afuera tengo que arreglármelas por mí mismo hasta llegar a San Francisco. Tengo algo de dinero y espero conseguir un traje elegante para que la gente me preste atención. Ya sé cómo empezar, *Hi, my name is Antonio.*

En la tarde envíe un carta a mi mamá, le dije que no se tenía que preocupar, que iba estar bien. Si algo pasaba no se tenía que asustar, era todo un *marine*.

Terminó de leer y salió a la calle. Caminó unas cuadras y luego tomó un taxi para dirigirse a la citación. Estaba haciendo frío y parecía que iba a empezar a llover. Desde su regreso y durante toda su estadía la ciudad estuvo gris. Parecía que por su retorno, las calles decidieron teñirse del color del asfalto. Y ese día no era la excepción, en el transcurso de su casa al batallón militar, sintió a Bogotá más ajena que nunca. Percibió que esas calles por las que hacía tantos años anduvo, en ese momento no le pertenecían.

Llegó al batallón y preguntó por el teniente Sarmiento. El oficial que lo atendió, le pidió su documento de identificación y, luego de hacer una llamada por el citófono, dijo que el teniente Sarmiento lo atendería en unos minutos. Abrió una puerta que los separaba y le indicó que caminara por un pasillo, hasta encontrar una puerta de metal. Allí tendría que anunciar su ingreso con otro oficial. Cuando al fin estuvo en la oficina en cuestión, una secretaria, vestida también de uniforme, indicó que lo verían en un momento. Estuvo más de una hora esperándolo. La sala donde se encontraba estaba equipada con muebles de cuero,

en sus paredes colgaban fotos de militares, y en la parte inferior, el nombre y el rango. En su mayoría, eran hombres de avanzada edad, algunos con bigote. Se les veía orgullosos y presuntuosos luciendo sus uniformes e insignias que hacían juego con sus miradas frías, llenas de poder e indolencia. Estaba pensando en ello cuando apareció el teniente Sarmiento en la sala de espera y le hizo seguir a su oficina.

Se sentó y lo invitó a que hiciera lo mismo. Preguntó si quería tomar algo. Manuel aceptó agua. El militar era amable, aunque frío y directo. Fue al grano. Quería saber quién era él, a qué se dedicaba y cuál era la relación con su amigo. “Dígame: ¿cómo conoció usted al señor Eduardo?”. Manuel habló con la verdad. “Eduardo es un amigo de la niñez y yo hace unas semanas he regresado a Bogotá”. Le expresó que el motivo era el estado de salud de su madre y su inminente muerte. Indicó que en Alemania trabajaba como *freelance* de diseño para una empresa de allí. Enumeró la universidad y los institutos en los que había estudiado. El teniente Sarmiento lo miraba fijo, estudiando cada uno de sus gestos. Tenía en su mano un lapicero que hacía rotar entre sus dedos. Era una especie de juego en el que el lapicero pasaba entre sus dedos, produciendo una sensación de vértigo. Acerca de su relación con Eduardo respondió finalmente que se lo había encontrado hacía unos días por casualidad en un supermercado. Y que luego Eduardo había ido a su casa a visitarlo y a recordar su amistad de la niñez. Le contó que almorzaron y bebieron en su casa. Le dijo que se había marchado a las ocho. Omitió, por supuesto, lo que Eduardo le había contado acerca de su “plan”.

Terminó de responder y el teniente Sarmiento puso el lapicero en la mesa, cruzó las manos y acercó su cara a la de Manuel, que sentía

que lo estaban oliendo. Examinó su rostro unos segundos y luego le preguntó si Eduardo le había comentado algo acerca de su trabajo. “Dígame: ¿el señor Eduardo dentro de la conversación que ha mantenido con usted ha nombrado al ejército?”. Manuel duró un instante en silencio y al fin respondió que no. “Eduardo nunca habló de su trabajo. Hablamos solo cosas de nuestra amistad en la niñez”. Y luego, por aparentar su ignorancia, le preguntó la razón por la que Eduardo se encontraba en problemas. El teniente respondió que se trataba de un asunto muy delicado, del cual no podía hablarle. Acto seguido dio por concluida la entrevista. Se levantó y acompañó a Manuel hasta la puerta de la oficina y, antes de despedirse, le pidió que por favor en unos días no saliera del país. Manuel comentó que una de las cosas que estaba pensando era regresar a Alemania después de la muerte de su madre. El militar respondió que no se preocupara. “Tranquilo, estamos investigando, si usted no tiene nada que ver en este asunto, en cuestión de días estará resuelto todo este problema”. Se dieron la mano y Manuel salió.

Afuera de la estación militar, le temblaban las piernas. Quería ver a su madre cuanto antes, así que se dirigió hacia la clínica. Había pasado mucho tiempo en el batallón militar y ni siquiera había almorzado. Caminó y mientras fumaba pensaba que si esta situación iba a durar mucho tiempo, su regreso a Alemania sería incierto. La verdad era que no tenía claro el asunto todavía. Cuando su madre muriera ya pensaría en eso con calma. En la clínica no le dejaron ver a su madre. Le informó un doctor que había entrado en crisis desde la noche anterior. Estaba bajo el efecto de los calmantes y en observación permanente. Explicó que el tumor en su cabeza no había disminuido. En la opinión del médico, su madre no viviría más de unos cuantos días.

17

Salió a caminar por el barrio. Fue al supermercado, compró cigarrillos y luego se dirigió a un café-internet. Su madre nunca tuvo computador y el suyo lo tenía en su apartamento en Alemania. Había decidido viajar sin él. Se suponía que su estadía en Bogotá sería temporal. Se acordó que dentro de los libros que hacía tan solo unos días había botado, se encontraba un libro de extraterrestres. La impotencia le produjo risa. Cuando estaba botando todo, en algún punto pensó que tal vez algunas de esas cosas de las que se deshacía podrían algún día servirle. Así es: uno va por la vida botando basura, deshaciéndose de lo que en su momento considera inservible. No es fácil renovarse, ni salirse de la comodidad. Para su madre, acumular objetos familiares por toda la casa, era su manera de aferrarse a ese mundo que había armado pieza a pieza y en el cual se sentía segura. Sin embargo, ese era un lugar lejano a lo externo y a sus recuerdos también.

Estuvo navegando una hora. Ingresó a su correo electrónico y tenía más de cien mensajes nuevos en su bandeja de entrada. Desde su estadía en Bogotá lo había revisado solo un par de veces, y hacía más de una semana que no lo veía. La mayor parte era *spam*. No tenía correos de importancia. Un par de mensajes de clientes y el habitual extracto del banco. Cerró la casilla de correo e ingresó a un buscador en línea. Escribió “Sorners” y en la pantalla apareció “La búsqueda de Sorners no obtuvo ningún resultado”. Escribió entonces “Extrate- rrestres, Sorners” y en la pantalla pareció la misma respuesta: “La búsqueda de Sorners no obtuvo ningún resultado”.

Salió de internet, caminó unas cuadras y encontró un café con terraza en el segundo piso, al frente de una plaza que se encontraba prácticamente desierta. Se veían solo unas cuantas palomas y un hombre acostado en uno de sus bancos de madera. El sitio olía a romero y a flores secas. Ordenó un sándwich, una cerveza y sacó el manuscrito.

Junio 26

Todos nos equivocamos, el traje fue mala idea. Entre menos ropa la gente presta más atención, como los poetas esos que se la pasan en los parques. El primer día tuve miedo, pero las palabras empezaron a salir de mi boca y ya tuve la situación bajo control.

Este lugar es muy diferente de todo lo que he conocido. La gente es abierta, demasiado abierta tal vez. Es como sin importar de lo que uno quiera hablar, alguien va a escuchar. He

repartido volantes y hablado en esquinas. Tengo reuniones los jueves cerca del *Golden Gate Park* y ya tengo una pequeña afición.

Las drogas hacen que la información viaje más rápido, sea para bien o para mal, la gente a eso le da valor.

Mi relación con los Sorners se ha estrechado, la voz ha dejado de ser gruesa y ha pasado a ser dulce y comprensiva, como de mujer. Dice que dentro de poco nos encontraremos pero que debe ser en otro lugar. Lejos del ruido y la gente. Según ellos, la paranoia y el miedo que se respira en estas tierras son la perfecta distracción para poder vivir como lo han hecho.

Por ahora no he tenido mayores inconvenientes, solo debo alejarme de las autoridades y no involucrarme con nadie a profundidad.

Vivo con Tina, es de Nueva York, su padre es dueño de una editorial y tiene mucho dinero. A ella no le gusta hacer nada, dice que en este mundo esa es su misión.

Tina disfruta mucho de mi compañía, me aprovecho de eso, cree cada palabra que le digo, y logro sacarle unos cuantos billetes cada vez que necesito algo. Es una mujer complaciente y me gusta su olor.

Hace poco fui a una fiesta llamada "*Acid Test*", se suponía que Ken Leary estaría allí pero nunca apareció, el tipo estaba en Los Angeles, me hubiera gustado contarle mi historia. Todos

hablan de él, las cosas que ha hecho y el bus donde viaja. De su forma de pensar y la concepción que tiene sobre la vida.

El pelo me ha vuelto a crecer y con el tiempo he empezado a extrañar mi casa. He sido un malagradecido y me he olvidado de ti, pero la verdad no he tenido mucho tiempo para escribir. No veo diferencia entre minutos, horas y semanas. He perdido la capacidad para medir el tiempo. He puesto una carta hoy.

No quiero que pienses mal, eres lo único. Tina no ha significado nada, para un hombre dormir solo es algo fatal, sobre todo en la juventud. Espero que logres entender, lo único que buscaba era un poco de calor.

Julio 1

Pasé por la iglesia el día que te casabas, el blanco te queda muy bien. Yo estaba con River, el perro que me encontré en la esquina de mi casa. Él entiende todo lo que me pasa, no creo que sepa que es un perro, a lo mejor cree que es una idea, una que flota sobre cuatro patas y huele cosas. Tuve la osadía de entrar en la iglesia, te veías feliz, no puedo dejar de sentir envidia por el tipo ese. Se va a quedar calvo pronto y te aburrirás, estoy seguro.

Julio 2

Por fin he terminado de escribir el libro que empecé cuando llegué a esta ciudad. Se llama “Amigo Leviatán”. Es un tratado acerca de cómo superar lo terrenal y ver más allá.

Quiero darte una copia personalmente, aunque no lo creas has sido una fuente de inspiración. Pienso publicarlo bajo el nombre de Paul Bernard, no quiero atraer atención innecesaria. Todo está listo, primero vamos a sacar doscientas copias, un tipo que trabaja en el Chronicle me ha ayudado con eso.

Apenas terminó de leer le sucedió algo extraordinario. Llevaba dos días sin pensar conscientemente en ella y esa tarde, sentado en la terraza de ese café, después de leer el manuscrito, la vio cruzando por la plaza. Estaba seguro que se trataba de Irene. Pensó gritar su nombre desde la terraza, pero no le pareció buena idea, ella se encontraba en el otro extremo del lugar. Los nervios se apoderaron de su cuerpo. Como por impulso sacó el teléfono del bolsillo, buscó torpemente su número y marcó. Los dos primeros timbrazos vio que ella seguía caminando, ya casi llegaba al final de la plaza. Al cuarto timbrazo, la mujer se detuvo y sacó el teléfono de su cartera. Manuel veía cómo observaba el aparato en su mano. Podía, desde la distancia, sentir su duda. Ella levantó la cabeza y miró en dirección a donde Manuel se encontraba. En un momento pensó que ella también le veía, pero eso era casi imposible. Solo él la observaba. En su oído el aparato seguía timbrando y a lo lejos la veía a ella observando el suyo en sus manos. El teléfono dejó de timbrar y cuando salió el contestador automático, guardó el celular nuevamente en su cartera y continuó caminando. Manuel salió corriendo a buscarla. Cruzó la plaza en la misma dirección que la había visto por última vez. No estaba por ningún lado. Caminó por las calles aledañas por instinto. Ella ya no estaba. Marcó nuevamente a su móvil y lo había apagado. Caminó varias calles, hasta que al fin se dio por vencido. Tomó un taxi de regreso a casa.

En el camino de vuelta pensó en la posibilidad de que no se hubiera tratado de Irene. Aunque en el fondo sabía que era ella. Tenía buena visión, pero la plaza era bastante grande y ella se encontraba en el otro extremo. Tal vez simplemente se trataba de otra mujer muy parecida. Por otro lado, no podía ser casualidad que en el mismo momento que él marcaba ella mirara su teléfono dudando en contestar. No cabía duda, aquella mujer era Irene. La volvió a ver, pero solo eso. No le pudo hablar. O mejor, ella no quiso hablar con él. Como vino se fue, y por supuesto, nunca más volvió a saber nada de ella.

18

Al despertar tuvo la certeza de que volvería a Alemania. Entendió que su paso por Bogotá era algo temporal. Si alguna vez había pensado en la remota posibilidad de quedarse, esa idea se había desvanecido por completo. Según se lo había explicado el médico, la muerte de su madre era solo cuestión de días. Y Manuel era sincero al confesar que él también deseaba que muriera pronto. Podía sentir su dolor. Era como si un hilo invisible los uniera y por medio del cual se comunicaran sus miedos y deseos más íntimos. El hilo que une a sus madres con sus hijos. A veces sentía que de forma telepática ella pedía a gritos su ayuda. Se veía cada vez más demacrada. Más cansada. Con un tono verde pálido en la piel y su mirada en otra dimensión. Esa mañana Manuel no pudo contener las lágrimas.

De camino a la clínica, paró en una floristería y le compró un ramo de rosas. Sus flores favoritas. Llegó a la habitación y se encontraba con ella una enfermera que había acabado de cambiarla. Dijo que

su madre estaba estable, pero un poco inconsciente. Había pasado una noche tranquila. Puso las rosas en la mesa y vio que ya había un ramo de rosas frescas. Pensó que las había puesto el personal de la clínica. Eran rojas también. Juntó los dos ramos, los dejó en la mesa y se quedó observando a su madre cuando empezó a abrir los ojos lentamente y a hablarle en voz muy baja. Al principio Manuel no entendía lo que decía. Tuvo que aguzar el oído y concentrarse. Puso la oreja a un milímetro de su boca. Entendió que hablaba de un hombre, que la había visitado la noche anterior. Y también algo acerca de la soledad. “Ayer vino. Ayer vino y me abrazó. Sentí su olor. Me trajo rosas. Toqué su mano. Me prometió que esta vez no me iba a dejar sola. Afuera hace frío. Afuera es peligroso. Afuera hace frío”. Y volvió a repetir esas palabras en desorden, una vez tras otra, hasta quedarse dormida.

La besó en la frente y en los ojos. Parecía serena. En su cara se le dibujaba un gesto de tranquilidad. Manuel sintió que se había rejuvenecido. Tocó su cara y notó su piel que, a pesar de las arrugas, se sentía muy suave. Se quedó observando los aparatos a los que estaba conectada. El clic continuo de su corazón, su respiración acompasada y sus párpados moviéndose milimétricamente. Tuvo la impresión que parte de ella se encontraba ya en otro mundo. Se quedó mirando las rosas y un minuto después apareció una enfermera que le avisó que el horario de visitas había terminado. Manuel le preguntó si el día anterior había ido alguien a visitar a su madre y la enfermera respondió que no. “¿Y usted sabe quién ha puesto estas rosas en su cuarto?” Preguntó Manuel señalando las flores. La enfermera respondió que no sabía. Le dio las gracias y salió. Caminó por el pasillo y, antes de cruzar la puerta que separaba ese pabellón de una sala de espera,

volteó a mirar en dirección al cuarto de su madre y le pareció ver que un hombre joven entraba a su habitación. No estaba vestido con bata de médico. Se devolvió de forma apresurada a ver de quién se trataba y, cuando llegó, se asomó por la ventanilla y vio con asombro que su madre se encontraba dormida y únicamente en compañía de la enfermera. No había nadie más. Tal vez lo había imaginado.

Llegó a casa, preparó café y sintonizó una emisora en la que sonaba John Coltrane. La casa permanecía casi desierta desde que la había limpiado y se había librado de tanta basura. Solo había conservado, mientras durara su estadía: su cama, el equipo de sonido, la nevera y elementos de cocina. Eso, más otros muebles que ya estaban dispuestos en la bodega de la casa, listos para ser recogidos una vez la abandonara definitivamente. Sacó el diario del bolsillo de la chaqueta. Notó que faltaban solo unas cuantas páginas para terminar.

Julio 15

Estoy enloqueciendo, siento que me persiguen. Ayer vi una patrulla, un policía se bajó y salí a correr. Estaba lleno de energía y no quería parar. Cuando me di cuenta estaba en *Haight and Ashbury*, paré a tomar aire y algo de beber, los policías me siguieron pero no pasó nada, me confundí entre los *hippies*. No puedo estar tranquilo, necesito irme pronto de acá. Desconfío de las sombras y de las personas con sombrero, Tina dice que necesito ayuda. Pero qué sabe ella, los ácidos la van matar, el otro día cayó por las escaleras y se quebró la cabeza. Espero verla en otra vida y que seamos amigos.

Julio 19

El libro ha suscitado críticas y comentarios en la radio y la televisión. Vamos a sacar una segunda edición. El gobierno niega todo y Paul Bernard es un tipo famoso y al parecer rico. Hay muchas versiones de dónde nació y de su experiencia con la gente del más allá, unos dicen que es un indio navajo, y otros que un profesor de Berkely. Unos dicen que es un alcohólico y vive en Portland, otros dicen que es un niño.

Julio 28

Han dado conmigo, vinieron por la mañana, yo no estaba. Tina los atendió, los invitó a un café. Estaba sin ropa y no se pudieron negar, la caída de sus tetas es algo espectacular. Fumó un cigarrillo frente a ellos y dijo que no me conocía. Las noticias vuelan en este país. Debo irme, el libro ha sido todo un éxito. La gente ha empezado a ser contactada con más frecuencia, supongo que hay muchos desocupados que quieren llamar la atención y eso no es bueno. He conseguido un trabajo en el muelle, no es fácil pero no podía pasar todo el día sin hacer nada. Lo bueno es que allí preguntan poco y ocupo toda la noche, es la única forma de dormir. Cambiar el día por la noche. Cuando volví a la casa, los vi salir de la casa y subir a un carro, adentro Hollyday esperaba. Tina ha hablado con sus amigos, voy a embarcarme en una nave pesquera rumbo a Perú. He dicho que tenía experiencia, que había trabajado toda la vida

en eso. Espero no sufrir mucho. He escrito muchas cartas pero no he sido capaz de enviarlas, las cargo conmigo todo el tiempo en mi mochila, es lo único que conservo del ejército. Siento que si las envío me pueden encontrar.

Julio 22

Es mi último día en esta ciudad. Pienso ir al *Golden Gate* y pasar todo el día con Tina, necesito que me preste un poco de dinero, no sé qué vaya a pasar.

Lo poco que me quedaba lo gasté comprando regalos en el barrio chino. Es el único lugar donde me puedo relajar. Los fumadores de opio no son tan malos como los hacen sonar.

19

Esa mañana murió su madre.

Lo llamaron temprano. Cuando sonó el teléfono, él sabía que se trataba de eso. Una vez contestó y escuchó la voz de la enfermera, sabía que diría que su madre había muerto. Se dirigió a la clínica de inmediato. Le hicieron firmar unos papeles y luego un funcionario de la funeraria le indicó el papeleo. Esa misma noche sería el velorio y la cremación. Manuel nunca había sido adepto a ninguna religión. Tampoco ateo. Se puede decir que le era indiferente. Sin embargo, por respeto a su madre contrató una misa sencilla, en la capilla de la funeraria, muy cerca de la clínica. Incluso durante la ceremonia, se vio rezando las mismas plegarias que había aprendido de niño y que creía haber olvidado. El interior de la capilla era un espacio sencillo, sin lo pomposo de las grandes iglesias. Dos filas de bancas en madera, para que la gente se arrodillara a rezar. Olía a incienso

y sonaba música religiosa que salía de un órgano. El templo estaba prácticamente vacío. Solo se encontraban: el cura que daba la misa, un monaguillo, dos ancianas de las que se ofrecen de manera voluntaria a rezar en los velorios y Manuel.

Casi, al final de la ceremonia, miró a la puerta de la capilla y se sorprendió al ver allí, de pie, al mismo hombre joven que le parecía haber visto en el hospital, era él. Estaba seguro. Se quedó mirándolo un momento de forma disimulada. El hombre permanecía completamente quieto, mirando fijamente en dirección del ataúd, donde se encontraba el cuerpo sin vida de su madre. Manuel siguió rezando, esperando a que terminara del todo la ceremonia para hablarle al desconocido. Apenas culminó la misa, se acercó al ataúd y la observó por última vez. Enmarcada en la ventana de vidrio de la urna, su cara parecía tranquila. Estaba inmóvil en la caja. Con toda esa presión y rigidez insoportable que la muerte trae. Miró en dirección a la puerta de la capilla de nuevo, y no vio al hombre.

Salió caminando de prisa a la puerta y ya no estaba. Miró en todas las direcciones pero no había nadie. Pensó en caminar y buscarlo por las cuadras aledañas, sin embargo, justo en ese momento lo abordó una de las ancianas que estaba rezando por el alma de su madre en la capilla. Le dijo que tenía que tener fortaleza, que la muerte era algo natural. Manuel la escuchaba inquieto mirando en todas las direcciones a ver si de pronto volvía a ver al hombre. Pero nunca apareció.

Le hubiera gustado hablar con él y preguntarle por qué se encontraba allí y si conocía a su madre. Le emocionaba pensar que ella habría podido tener un amigo. Eso no parecía del todo imposible. Su madre

fue siempre una mujer muy bella. Sin embargo, era del tipo de mujer abnegada y fiel. Al menos eso pensaba él como hijo. Además, el hombre parecía muy joven, tal vez de unos veinte o veinticinco, por mucho.

Una vez en casa, se sentía más solo que nunca. Era como si todo el contenido de su interior se hubiera vaciado en algún lugar remoto, un lugar que ni siquiera Manuel conocía. Sus recuerdos se mezclaban unos con otros. La niñez, su llegada a Alemania, las ausencias de sus padres. El presente, y esa casa donde se encontraba y que ahora parecía ajena. Se imaginaba la soledad de Eduardo en la celda de una prisión. El olor a sexo y a geranios de Irene. La cara de muerta de su madre. Siempre lo quiso y a su padre también, pero su cariño no era más que afecto. Algo le faltaba. Sentía que aún había un hilo invisible que los unía y que tal vez fuera a existir siempre. Una especie de secreto que en silencio compartían. Ya no había nada más.

Agosto 15

El clima ha sido nuestro gran enemigo. Hemos pasado tormentas y vientos salvajes. No fue fácil conseguir algo con qué escribir, mi salida de San Francisco fue precipitada. No pensé en eso. Al principio me dio muy duro la vida de marinero. Vomitaba todo el día y no podía concentrarme en el trabajo. Hace mucho frío y no tengo la ropa adecuada. Tengo ampollas en los pies y en las manos. Ante todo se requiere técnica. Lo único que me dieron al subir fue un gorro y un gancho oxidado. Tina me regaló unas botellas de whisky, han sido buena ayuda. Todos a bordo me tratan como basura, ni en el ejército me sentí tan poca cosa. Gritos, burlas y órdenes. Tengo

que soportarlo, no hay a dónde escapar. Todos los días es lo mismo. Tratar de llenar el barco de cangrejos lo más pronto posible y tener dinero en el bolsillo para mi regreso. No creo poder volver a vivir con mis papás. La vida nos ha llevado por caminos diferentes, no puedo culparlos por nada, no lo hago.

El capitán es un viejo borracho, se llama Arnold Chavez. Es peruano de nacimiento y gringo de raíces. No habla con nadie, se la pasa encerrado. Dicen que eso es normal, es su forma de ser.

He visto ballenas. Son animales increíbles. También dicen que valen mucho dinero en Japón. Me gustaría cazar japoneses y tirarlos al mar.

Agosto 21

La mayor parte del tiempo estoy ausente, el mar me ha alborotado. No logro controlar mi cuerpo y mucho menos mi mente. Todo parece ser muy corto cuando se ve a gran distancia. Quiero pisar tierra y correr a donde estés. Dentro de dos semanas llegaremos a Lima. Flores dice que la comida allí es muy buena. Es la única persona con la que hablo. Ha tratado de hacerme las cosas menos difíciles. Me ha invitado a quedarme en la casa de su mamá cuando lleguemos.

Agosto 24

He empezado a fumar cigarrillo. Es la única forma de matar el tiempo. Ver el mar y fumar. Trabajar y fumar. Fu-

mar y fumar. Acostarse en la cama y fumar. Flores no para de hablar de Lima: el mercado, la playa, las mujeres. Dice que me va a gustar. Por la mañana el capitán nos reunió y nos habló por primera vez, estaba muy feliz con nuestro trabajo y quería agradecerlo con una comida en tierra, a partir de ese día empezábamos el viaje rumbo a Lima, las tensiones se perdieron y vinieron risas y abrazos. Luego botellas de whisky y canciones. A bordo todos se conocen y han trabajado juntos desde hace mucho tiempo. El que no encaja soy yo. ¿Será así toda la vida? Espero que no, espero un día encontrar un lugar donde pueda existir sin mayor razón y no sentirme extraño.

20

Algo en él, y también en aquel espacio, había cambiado. Estar allí parecía pertenecer a una alucinación, a algún amor perdido o a esa abstinencia que hace a algunas personas tomar el primer vuelo que tengan para huir. Y eso era justo lo que deseaba hacer. Irse cuanto antes de allí. Regresar a Alemania. Comprar un tiquete en el siguiente vuelo a Berlín. Sin embargo, eso no dependía solamente de Manuel. El teniente Sarmiento le había dicho que no saliera del país en unos días. Pero no sabía cuántos días podrían ser. Decidió llamarlo. Después de un rato de espera, se puso al teléfono. Lo saludó y le contó que su madre había fallecido y que estaba pensando volver a su casa en Alemania. “Ahora que mi madre ha muerto, no me queda nada por hacer acá. Quiero regresar lo antes posible a Berlín. Quisiera saber si puedo abandonar el país”. El militar lo escuchó en silencio y, cuando Manuel terminó de hablar, dijo que lamentaba la muerte de su madre y luego le explicó brevemente que podía viajar. No tenía ningún mo-

tivo para ser investigado, sin embargo, mientras durara el proceso en contra de Eduardo, era posible que se pusieran nuevamente en contacto con él. “Lo hemos estado investigando y al parecer usted no tiene nada que ver en este asunto. Viaje tranquilo, pero por favor deje todos sus datos de contacto con mi secretaria”. Colgó y Manuel sintió un gran alivio.

Por la tarde, llamó a una agencia de viajes y compró pasajes Bogotá-Berlín, sin escalas. El próximo vuelo salía el siguiente día. A las ocho de la noche. Se la pasó dando vueltas por la casa. Examinó sus rincones, sus aromas y en ellos sus recuerdos también. De forma consciente grabó sus olores y sus esquinas en la mente. Esas mismas esquinas de esa casa que él estaba abandonando, casi a su suerte. Pensaba que tal vez más adelante la vendería, por medio de un agencia inmobiliaria, quizás. Por el momento solo quería largarse de allí.

Acabó de empacar y sacó la navaja del bolsillo. Recordó que en los aeropuertos no dejan llevar navajas. Lo mejor sería dejarla nuevamente en el baúl, donde la encontró. Eso mismo pensaba hacer con el manuscrito. Sentía que no podía llevárselo consigo. Que no le pertenecía.

Septiembre 12

Me emociona saber que cada día estoy más cerca. Puedo sentir tu piel y pienso en todo el tiempo que quiero pasar contigo. Me obsesiona la idea de no hacer nada y verte reír.

En Lima conocí un par de gringos, Matt y Bill, son escritores, llevan varios meses viajando por Sudamérica en un Mustang

rojo. Me uní a ellos. Les gustan mucho las drogas, sobre todo la marihuana y el whisky, pienso que voy a morir cada vez que tomamos la carretera. No soy fan de la velocidad. Se turnan cada tanto y solo nos detenemos a comer, buscar provisiones y por mujeres, piensan llegar hasta la Patagonia. En Colombia les interesa el yagé, les dije que si me llevaban podría ayudarlos. Una mentira más para llegar hasta ti. Bill está estudiando las drogas, estudiar tal vez no sea la palabra adecuada, experimentar puede ser mejor. Dice que le ayudan a escribir y a encontrar cosas que de otro forma no lograría encontrar, temas relacionados con el subconsciente y los viajes en el tiempo.

Matt tiene mucho dinero y tiene que gastárselo, su vida es una carrera contra la herencia de sus padres. No tienen familia, al menos no hablan de ello, Bill a veces menciona a un Tim, creo que es su hijo, pero puede ser un perro. De este lado del mundo el cielo se ve más bonito y el aire huele mucho mejor. La luna nueva nos ha saludado atravesando el continente y su brillo me llena de tranquilidad.

Las voces se han detenido y he pasado mucho tiempo durmiendo. Mientras nos comíamos la carretera he logrado ver la huella de los Sorners en la tierra. Las piedras, las construcciones, la forma en que están diseñadas las ciudades, están marcadas por ellos. Es tan obvio que resulta tonto no haberlo notado antes. Le he contado a Bill y a Matt lo que me ha pasado. Bill dice que ellos son los responsables de las pirámides y que nuestros indígenas mantenían contacto con ellos a través del sol y las estrellas.

Bill tiene casi la misma edad de mi papá, me resulta chocante que dos personas de la misma edad puedan ser tan diferentes, papá me mandaría a encerrar, donde nadie pudiera verme ni oírme, no es su culpa, así es la vida.

Hace poco les escribí, les dije que estaba bien y que todo lo que decían de mí era mentira.

Septiembre 28

El carro ha dejado de funcionar, algo ha pasado con el motor. Hemos parado en Quito para arreglarlo, la ciudad está rodeada de montañas y eso me gusta. Los terrenos planos no son para mí, necesito los volúmenes para poder imaginar. Los espacios abiertos me producen una gran frustración.

Hemos ido a visitar todas las iglesias del centro de la ciudad, Bill anda con una cámara y toma foto a todo, en estas tierras todo es una excentricidad para él. Me ha entrado miedo de saber que dentro de poco ninguno de los dos estará en este mundo.

Apenas terminó de leer salió a caminar. Bajó hasta el centro y compró unos recuerdos típicos del país. Su casero en Alemania era muy buena persona, y cuando Manuel le contó que viajaría a Bogotá, se mostró muy comprensivo, así que decidió comprarle algún detalle. Le buscó también el encargo a Sarah, la mujer que le ayudaba con el aseo en su

apartamento un día a la semana en Berlín. Era una germana grande, blanca y de un cabello muy amarillo y brillante. Cocinaba delicioso y hablaba poco. A Manuel le sorprendió cuando, antes de viajar, ella le pidió el favor de comprarle una esmeralda. Explicó que coleccionaba piedras preciosas, que esa era su pasión, dijo que podía pasarse horas observándolas al detalle, viendo cómo sus colores, dependiendo de la inclinación y de la luz, cambiaban. “Schön, niedlich”. Pensaba que, esas piedras de alguna manera tenían vida. Le advirtió qué tipo de piedra era la que quería e intentó darle dinero, pero Manuel le insistió que prefería regalársela. Sarah siempre fue muy buena persona y la conocía hacía varios años, casi desde su llegada a Berlín, así que ella de alguna manera era lo más cercano a una familia que le quedaba. Compró la esmeralda y luego se sentó en una plaza del centro. Miró la gente que caminaba, a esa hora de la tarde, apresurada en miles de historias distintas.

Ese ocaso, sentado allí, pudo sentir un aire distinto en Bogotá. Un aire que quería recordar y grabar en su memoria. El olor a pinos y eucaliptos bajaba de las montañas. Un hombre tocaba una dulce canción en su saxofón. Había vendedores ambulantes y perros callejeros. Las palomas en la plaza comían pan que un hombre les daba. El hombre tenía en una mano una caja de embolar zapatos y se sostenía con una muleta con el otro brazo. Se acercó a Manuel y le dijo que sus zapatos necesitaban brillo. Aceptó que los limpiara. El hombre se sentó a sus pies. Manuel abrió el diario, con los acordes pixelados del saxofón de fondo.

He visto a mis padres, ambos estaban cubiertos de canas. Los oídos les fallan pero en general están bien. Tienen trabajo para dormir y se han encariñado con el hijo de la mujer que les ayuda con la cocina. Eso me lo ha contado ella, es una mujer joven y bien formada. Cuida de ellos con cariño. Me hubiera gustado hablarles y decirles que los he extrañado todos estos años. El cuerpo me pesaba y me sentía muy cansado, supongo que los años no vienen solos. Los bichos me picaban y tuve que untarme sábila para calmar la hinchazón y la piquiña. El olor se me ha quedado y con eso he despertado. En la noche cruzaremos la frontera.

Matt y Bill han estado callados, creo que tuvieron una pelea. Matt dice que tiene que volver y Bill le dice que no.

Regresó a casa caminando y pensando que, aparte de la muerte de su madre, de su encuentro con Irene y de lo que sucedió con Eduardo, su paso por allí había sido muy breve. Al otro día viajaría nuevamente a Berlín. Y todo esto terminaría. La vida seguiría igual. Todo continuaría su rumbo. Llegó a la casa y empacó la maleta. Luego se fue al balcón a fumarse un cigarrillo. Una de las cosas que más extrañaba de Alemania era el tabaco en picadura. Le gustaba liarse sus propios cigarros. En Bogotá en cambio era poco frecuente esta costumbre. Lo común era comprar los cigarrillos en cajetilla. De esa manera los pitillos no le duraban nada. Del diario solo quedaban unas cuantas páginas pero se encontraba cansado y al otro día viajaba, así que prefirió acostarse temprano.

Soñó que caminaba por un sendero que conducía hasta una casa en la orilla del mar. Hacía sol y él estaba sentado mirando al horizonte. Sentía la textura de la arena en los dedos de los pies. No había pájaros, ni barcos. El mar estaba completamente quieto y no se escuchaba nada. Estaba tranquilo. Era un simple espectador o mejor, era como una cámara que simplemente filmaba. Después veía cómo un hombre y una mujer caminaban hacia él lentamente, tomados de la mano. Cuando estaban a punto de llegar, se daba cuenta de que la mujer era su madre. Se veía bella y feliz. No decía nada, solo lo miraba serena. Al hombre no podía distinguirla la cara, sus rasgos eran difusos. Luego, dieron vuelta y se empezaron a sumergir en el mar. Manuel trataba de decir algo y no lo conseguía. Se sentía como una cámara sin micrófono. Se encontraba anclado en la arena. Intentaba llamarla con los ojos clavados en su recuerdo. Percibía que su propio cuerpo era atraído hacia el mar. Pero sabía que no podía partir. Él se tenía que quedar. Al final, antes de desaparecer por completo, ella lo miró y sonrió.

Cuando despertó, ya era otro día.

21

El vuelo salía por la noche, aún tenía todo el día. Llovía y la lluvia caía en silencio a través de la tranquila mañana. Las cenizas de su madre estaban sobre la mesa y no sabía qué hacer con ellas, pensó primero en llevárselas, pero luego prefirió no aferrarse al pasado. Tenerlas consigo era seguir viviendo en esa casa y en esta ciudad. Viviendo tiempos que ahora eran remotos. Del manuscrito quedaba muy poco, apenas una página. También pensó en llevárselo, pero pasaba lo mismo que con las cenizas. Cerró los ojos y se concentró, tratando de captar los movimientos que se producían en su interior. Tal vez estuviera cambiando. Era muy probable que hasta ahora empezara la morfosis. Esa que sintió al inicio. Cuando empezaba el amanecer.

Antes de terminar de leer se asomó por última vez al balcón de la casa. Sentía que había algo que debería hacer antes de irse, decidió salir. Lo mejor era dejar el pasado en el pasado. Manejó hasta salir de la ciudad por el sur y se detuvo en el salto del Tequendama. El tráfico

era pesado y tuvo que ir muy rápido, no quería perder el vuelo. La carretera estaba en muy malas condiciones y, por momentos perdía el control del carro. Al llegar al salto se sorprendió del mal olor. En sus recuerdos era un sitio casi paradisíaco. Había mucha neblina y bajaba un triste chorro.

Octubre 5

Tomar decisiones es lo más complicado que una persona puede hacer. Puedo elegir entre vida sin preocupaciones lejos de ti, o puedo quedarme en este planeta y sentir el desprecio y la locura bordearme. Los Sorners me han dado la opción.

En la vida sin preocupaciones uno no envejece y los días son tranquilos. En la otra debo ser fuerte para soportar malas miradas y que la gente se aleje. No quiero apresurarme. Soy muy joven y no me quiero arrepentir.

Hasta ahora el amor que siento por ti ha sido la única certeza y pudiera pasar toda la vida contigo. No sé qué hacer.

Espero recibir algún tipo de señal...

Se quedó un rato viendo el paisaje, suspiró y cavó un hueco en la tierra. Era lo único que tenía claro: no podía detenerse. Derramó las cenizas y metió el baúl, el manuscrito y las demás cosas. Ahora se sentía más tranquilo. Volvió a tiempo para tomar el vuelo. Así fue.

*Esta novela
se imprimió
en abril de 2017.*



LUCIDEZ

La madre de Manuel está muriendo y él ha regresado, después de muchos años, a ponerse al frente de la situación. En su ausencia, encuentra que ella ha acumulado cajas y objetos en todos los rincones de la casa. Los recuerdos de su juventud se van mezclando con sus fantasmas y con la realidad, la infancia, el amor y la relación con sus padres. Mientras su madre está en el hospital, Manuel decide limpiar y deshacerse de lo que él considera basura; haciendo esto, encuentra el diario escrito por Antonio, un joven delirante que asegura haber sido raptado por extraterrestres durante un entrenamiento militar en Estados Unidos.

ISBN: 978-958-48-0969-8



9 789584 809698

ANÁ
LO
GA
EDITORES

